MUJERES EN PAGINA/12
VIERNES 15
FEBRERO 2002
AÑO 4 Nº 201

LAS/12

La última de Doris Dörrie
Bancos de alimentos
Cecilia Elía, la chica de MuchMusic



MADRES GAY

FAMILIA

mis mamás me miman

La declaración de la Academia de Pediatría de los Estados Unidos recomendando la adopción por parte de parejas del mismo sexo echó luz, una vez más, sobre el deseo de ser madres o padres de quienes hicieron una opción sexual distinta de la hétero. Veinte años de estudios continuados en los países del primer mundo avalan esta posibilidad, remota todavía en Argentina. Pero las situaciones se dan de hecho: nacidos dentro de un proyecto de familia homoparental, o simplemente fruto de parejas heterosexuales en las que alguno de sus componentes pudo asumir después su propio deseo, los chicos crecen.

POR MARTA DILLON

No parecía un trámite distinto de otros. La empleada del registro civil ya había anotado fecha y lugar de nacimiento, había mirado a la beba con esa mueca de ternura a la que obligan los recién nacidos –alguna frase esculpida en mármol para quien trabaja confeccionando partidas de nacimiento– y hasta se había permitido un comentario insidioso sobre la elección del nombre francés que en castellano suena igual a uno de varón. Pero con la mención de los apellidos la fluida amabilidad, digámoslo así, dejó de fluir. De pronto en el registro civil hacía un frío de hielo. "¿Pérez López? ¿Y eso de dónde sale?". El momento tan temido para las dos mujeres estaba en sus narices y ellas no habían ensayado explicaciones para salir del paso. En realidad, siempre supieron que no había salida, solo que, perdidas por perdidas, ¿por qué no intentarlo? "Se llama así, esos son sus apellidos", dijeron en el mismo tono, como un coro de zarzuela. "Mire, señora, si usted quiere, nosotros citamos al padre, pero no puede ponerle el apellido que le dé la gana", escupió la empleada. Qué fácil cambia el clima en las oficinas públicas, habrán pensado las mujeres; ¿cómo la fría distancia puede transformarse en algo tan pegajoso como un chicle olvidado sobre el asfalto caliente? Mejor no discutir, la niña del nombre francés deberá conformarse –"por ahora"– con el apellido de una sola de sus madres, la única que reconoce la ley argentina, la que la parió –o la que la adopte, siempre que la primera ceda sus derechos, que no es el caso–. La otra, la que guió la cánula de la inseminación artificial, la que acompañó el embarazo y el parto, la que está dispuesta a ser tan madre como la primera, no figurará en los papeles y por ahora mastica bronca. Y aunque la pareja está dispuesta a dar batalla, la realidad nacional no augura cambios –en ese sentido– por largos años.

La escena sucedió en Buenos Aires, hace exactos nueve meses, cuando Danielle todavía no llamaba "mamá" a Celia y a Cecilia, como lo hace ahora, sin distinciones. Antes incluso de que la Academia de Pediatría de los Estados Unidos rubricara una declaración sobre la conveniencia de que las parejas de gays y lesbianas adopten a los hijos de sus parejas. O, simplemente, que adopten niños, ya que veinte años de estudios sobre el tema ofrecen, a esta altura, resultados concluyentes: los hijos de parejas de personas del mismo sexo están tan bien adaptados social y psicológicamente como los hijos de parejas heterosexuales. Para muchos podrá sonar a verdad de perogrullo, pero ya se sabe, avalada por la ciencia –y el acuerdo de 55 mil pediatras agrupados en una entidad conservadora como aquella Academia– esa sentencia, pronunciada la semana pasada, ya puede escribirse en letra de molde. Además de alentar fantasías y deseos de gays y lesbianas que ya se embarcaron en la carrera de obstáculos de tener hijos. O están a punto de hacerlo.

"Y bueno –dijo Georgina Barbarossa en su programa nocturno–, en este momento creo que no hay nada peor que tener un padre político." Peor incluso que tener uno gay, se puede inferir del comentario aun cuando desde el panel de invitados –varones gays y militantes, los únicos que aparecen en cámara cuando las producciones necesitan voces que den su testimonio– alguien apuntó una categoría más baja: ser hijo de policía. Más allá de los gustos de cada uno, lo que queda claro es que tener un papá gay o una mamá lesbiana parece estar anotado, al menos en algún imaginario con micrófono, en la lista de catástrofes posibles. Algo que podrían desmentir fácilmente los mismos protagonistas si existieran las condiciones para poder hablar libremente de sus experiencias. "La sociedad argentina es homofóbica: gays o lesbianas pueden informar a sus hijos de la orientación de la pareja pero deben advertirles que no hablen del tema fuera de la casa. Esto trae problemas cuando necesitan invitar a otros chicos o hablar de la familia en la escuela", dijo la investigadora Silvia Quaglia, interrogada sobre el correlato nacional de lo declarado en Estados Unidos. Y aunque su opinión puede resultar algo terminante, lo cierto es que, a modo de muestra, de seis jóvenes consultados para esta nota sólo una se mostró dispuesta a contar su experiencia. Porque, vamos, hijos e hijas de gays y lesbianas ha habido siempre, aunque gestados en matrimonios o parejas heterosexuales, que en muchos casos sirvieron como refugio para las propias dudas sobre la orientación sexual y pantalla para desviar las miradas acusadoras del resto de la sociedad. "Supongo que fue una huida hacia adelante, la relación duró un poco más de tres años y la verdad es que podríamos haber estado juntos toda la vida. Nos llevábamos muy bien, nos acompañábamos, teníamos sensibilidades

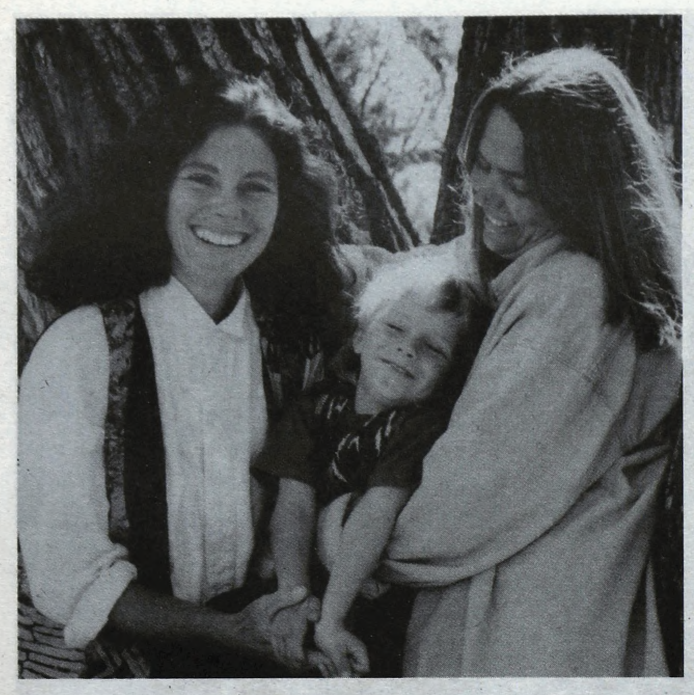


Más allá de los gustos de cada uno, lo que queda claro es que tener un papá gay o una mamá lesbiana parece estar anotado, al menos en algún imaginario con micrófono, en la lista de catástrofes posibles.

parecidas, pensamientos políticos acordes..., pero cada vez éramos más amigotes y menos pareja. Hasta que me enamoré perdidamente de una compañera de trabajo." Y tal como Mónica –hoy de 41, un único hijo de 19 y doce años de convivencia con una mujer– entendía la pareja, al primero que se lo contó fue a su marido. "El me alentó a que siguiera adelante y así fue que pasé mi primera noche fuera de casa. Volví radiante a las siete de la mañana, con medialunas y una ansiedad tremenda por compartir mi audacia." El final de la pareja fue armónico y el inicio de la que siguió también, aunque no duró mucho. La segunda oportunidad fue mejor, todavía tiene actualidad. El niño –llamémoslo Carlos– nunca hizo preguntas, pero la realidad era evidente. "Jamás oculté las manifestaciones de cariño con mi pareja. Obviamente nuestra intimidad estaba a resguardo, como en cualquier otra pareja, pero a medida que iba creciendo era yo la que tenía necesidad de contarle. Y como no había nada oculto, cuando tenía más o menos diez años, un día le dije: 'Esto que ves se llama de esta manera, lesbianismo, somos una pareja de mujeres lesbianas'. Fue un momento de mucha relajación para mí, de terminar de hacerme cargo y también militante. Iba a un grupo de mujeres lesbianas feministas en el que reflexionábamos justamente si decírselo o no a los hijos, cuándo, cómo". Carlos tuvo una sola pregunta frente al destape materno: "¿Y ahora qué?, ¿sigue todo igual?". Las cosas para él, con su mamá y la mujer de su mamá oficiando de tutora en la escuela, estaban lo suficientemente bien como para desear que nada cambiara.

"Mi mamá dice que a los cinco años yo cantaba por la calle una canción inventada que decía 'esta es mi mamá, esta es la novia de mi mamá'. La verdad es que de eso no me acuerdo. Lo que sé es que a los nueve años empecé a notar que la amiga de mi mamá se quedaba siempre a dormir en casa y entonces tuvimos una charla. Me pasó lo mismo que suele suceder con las nuevas parejas de tus viejos; Andrea me quería conquistar, me hacía regalos, pero cuando me enteré de cómo eran las cosas me agarré un berrinche terrible, le hice la vida imposible, quería a mi papá." ¿Le molestaba a Valentina que su mamá fuera lesbiana? "Qué sé yo, me parece que quería una familia normal y se representaba en mi viejo. Yo la quería a Andrea, pero cuando me acordaba me daba el berrinche. Pero mi mamá fue clara, ella la amaba y ese amor no entraba en competencia con el que tenía por mí. Eso era inamovible y por más que me quejara no iba a cambiar. Fue una continuidad de charlas interminable. Mi hermano mayor ya lo sabía y no se hacía mucho problema. Después me di cuenta de que lo que me molestaban eran los cambios, porque cuando mi vieja se separó de Andrea a la que odiaba era a Pato, que hace como nueve años que está en pareja con mamá." El que devolvió la paz a la relación madre e hija fue el padre de la última, aunque no voluntariamente. "Como mi viejo no nos pasaba alimentos mi vieja hizo juicio de divorcio y ahí él empezó con que por culpa de mis tías tortilleras pasaba lo que pasaba, lo decía como un insulto a ellas, que eran amigas de mamá, pero como mis tías verdaderas están desaparecidas... Y a mí que no me toquen a mi familia." Valentina tomó partido rápidamente frente a las agresiones de su padre, aunque hasta hace dos años, cuando cumplió 18, intentó mantener la relación con él en los mejores términos posibles. No fue fácil, porque no era fácil encontrarlo y ahora, resignada, dice: "Mi papá nos abandonó". Ese es su problema, cree, no la elección sexual de su mamá. Igual, se hace cargo de las dificultades del caso. "Cuando era más chica tenía miedo de que los padres de mis amigas no las dejaran venir más a mi casa. Con ellas estaba todo bien, yo trataba de que primero se dieran cuenta y después hablarlo, era más fácil que hacerlo en abstracto. Porque la imagen de las lesbianas es la de un camionero y conociendo a mi mamá era distinto, porque como es recopada y reabierta es un referente para muchos amigos que se instalan en casa. Igual me acuerdo que cuando estaba en séptimo grado un amigo me dijo: 'Dale, no me mientas, tu mamá es lesbiana', y yo se lo negué. El se rió y me dijo: 'Bueno, cuando lo puedas entender lo hablamos', evidentemente estaba mucho más adelante que yo." Claro que las reacciones no siempre fueron tan alentadoras. En un intento por planificar lo mejor posible el futuro de Valentina, su mamá la inscribió en una escuela fábrica privada con orientación gráfica. Y ahí, lamentablemente para Vale, la mayor parte del alumnado venía de escuelas católicas con prejuicios firmes y saludables. "Al principio me hice amigas, hablábamos de novios y esas cosas, y no sé por qué, un día se me ocurrió contarlo y noté perfectamente cómo pusieron un límite. Aunque no hacía falta mucha imaginación, un día me sentaron en una vereda y haciéndose las humildes católicas me dijeron que entendían por qué yo era rara y no sabía rezar, por qué me interesaba por la política. Era porque mi mamá era lesbiana y ellas estaban dispuestas a contenerme y a enseñarme a ser parte de la gente bien." Resultado: Valentina se cambió de colegio e hizo toda su secundaria en el Nicolás Avellaneda, donde no tuvo ningún problema. "Las veces que me enamoré fue de hombres, pero si conociera a una mujer no veo ningún límite para esa relación." Sería tan natural como tomar un vaso de agua. "Tampoco sentí ningún límite con respecto a mis amigas, digo, que porque mi mamá sea lesbiana no pudiéramos tener la intimidad común entre mujeres, eso de pasearse desnuda o vestirse en el mismo cuarto. Una sola vez una desubicada me preguntó cómo ellas hacían el amor. Obviamente la mandé a cagar. No me iba a imaginar a mi mamá cogiendo, nadie lo hace, y tampoco me iba a imaginar a mis mamás cogiendo." ¿Así las considera? ¿Son sus mamás? "Y sí, Pato me cuida cuando estoy enferma, igual que mi mamá, paga mis alimentos, me presta el auto. De hecho, es mi mamá."

"¿Puede mi hijo ser gay y católico? Esta cuestión me abrumó luego que superé la conmoción y la vergüenza de saber que mi hijo era gay. En tanto María Elena, mi esposa, remontaba la culpa, la duda y el dolor de tantas vicisitudes familiares, yo inicié un camino de búsqueda a través del campo minado de la teología." Casey Lopata es el ferviente católico que inicia así un texto que circula en diversos grupos de autoayuda para padres, madres y demás afectados por el comming out –la salida a





la luz de la orientación sexual– de sus allegados. En Estados Unidos sobre todo, donde la actitud abierta es un lugar común en la mayoría de los estados y empuja a los más conservadores a buscar los modos de poder encerrar en el corralito de sus creencias a las ovejas descarriadas. Y es de ese modo como algunos grupos en el gran país del norte escucharon la declaración de la Academia de Pediatría: "Ya que no podemos lograr que sean heterosexuales, al menos que sean monógamos y críen hijos", dice en tono irónico Felicia Park Roggers por teléfono. Ella es hija de un hombre gay y una mujer lesbiana y fundadora de un grupo que reúne a jóvenes de condiciones parecidas a la suya –los hay hijos de transexuales o de hogares homoparentales–: Colage (Children of Lesbian and Gays Everywhere). Aun cuando Felicia saluda la famosa declaración, es capaz de oler cierto tufillo rancio en las avanzadas de quienes consideran "la causa gay como el derecho al matrimonio, la adopción y la herencia. Lo gracioso es que en mi ciudad –San Francisco– muchos en la comunidad gay están tan abocados a demostrar que pueden ser buenos, blancos, cristianos, padres ejemplares que pronto van a ser los únicos dispuestos a sostener la familia en su versión más parecida a la tradicional: dos adultos, dos niños, un perro y un gato". Y de hecho la conclusión de Lopata, ese padre preocupado, es una frase de un teólogo del Vaticano, Jan Visser: "Cuando tratamos con personas que son definidamente homosexuales (...) sólo podemos aconsejar que procuren formar una pareja estable, y a uno mismo, la aceptación de esa relación como lo mejor que pueden lograr en su situación actual". Tal vez hasta allí pueda haber llegado un teólogo, pero la Iglesia todavía es terminante en cuanto a la conformación de familias con parejas del mismo sexo: "amenaza los cimientos mismos de la sociedad". Desde esta latitud del planeta, de todos modos, quejarse de los intentos moralizadores de quienes admiten los derechos de gays y lesbianas a formar familias suena muy tirado de los pelos. Aunque Mónica X tiene algo que decir sobre eso: "Por supuesto nos importa que se amplíen las libertades, a mí y a mi pareja nos gustaría adoptar y sabemos que no es fácil. Por más que esté autorizada para mujeres solas, si decís que sos soltera, tenés más de 35 y el ciclo menstrual lo más probable es que piensen que sos lesbiana y nunca te lo permitan. Por eso es Fabi la que podría presentarse, ella está divorciada legalmente y sufrió una operación que ya no le permite tener hijos. Ese es el perfil necesario, aunque después viene todo el rollo de las asistentes sociales: ¿qué van a decir cuando vean nuestra cama matrimonial? Tenemos el caso de una compañera del grupo de reflexión para madres lesbianas que tardó siete años en conseguir una adopción plena. En realidad lo que me gustaría es que toda esta sociedad patriarcal cambie, que haya un nuevo orden".

"Inconscientemente establecimos roles de acción, si llora de noche Ceci no se levanta, pero es la que le da de comer. La teta se la dimos las dos, Ceci alimentaba y yo calmaba porque no tenía leche, pero la succión la hacía dormir. Se baña con Cecilia, yo la visto."

Una de las preguntas que con más insistencia se disparó durante la semana pasada –cuando la adopción por parte de parejas del mismo sexo fue noticia– fue cuántas posibilidades tienen los hijos de gays y lesbianas de ser, a su vez, gays o lesbianas. La evidencia científica –se podrían citar los estudios longitudinales, es decir que siguieron a niños desde los 9 años hasta los 21, de la psicóloga norteamericana Charlotte Patterson y de las británicas Susan Golombok y Fiona Tasker, a modo de ejemplo– demuestra que la orientación sexual de los padres no condiciona a los hijos. Dicho sea de paso, los homosexuales que conocemos en su mayoría, lejos de haber nacido de un repollo, son hijos e hijas de parejas heterosexuales. "Yo nunca tuve miedo de que mi hijo fuera gay, en realidad me daría lo mismo. No necesito repetir que no hay una orientación sexual buena y una mala. Mi peor fantasma es que mi hijo sea abusado, como me pasó a mí". Sandro tiene ese fantasma, cualquier otra persona podría temer, por ejemplo, morir antes de tiempo y que su hijo quede huérfano o que lo ataque alguna enfermedad grave. Todo padre o madre que haya podido construirse como tal desea salvar a sus hijos del dolor, aunque esto sea imposible. La función materna y paterna no tiene que ver con el sexo sino con el rol, es algo que se ha escuchado también esta semana en boca de múltiples psicoanalistas y psicólogos, como por ejemplo Juan Carlos Volnovich. Sandro tiene 37 años, un hijo de 11 y una pareja, Luis, con la que convive hace siete. "En realidad creo que un poco por presiones sociales o por fantasías propias una vez cedí a esa otra fantasía femenina que es querer reformar al gay. Convivimos 9 meses y justo en el último mes ella quedó embarazada. Acompañé el embarazo y el parto y mi hijo es maravilloso. Es muy copado el guacho, es especial y mis amigos lo adoran. Siempre nos juntamos a jugar al fútbol y el otro día vino mi hijo y en el medio del partido me dice: 'Pasame la pelota, Jesica', imaginate, todos murieron de risa." Nunca ocultó "su situación" al niño, pero recién hace cuatro años la verbalizó. "Yo tengo un local de comidas y ahí tenía un adorno sobre una mesada, estaba mi hijo, mi mamá y yo laburando y de pronto el pregunta: '¿Eso te lo regaló tu novio?' Sí, dije yo, ¿te molesta? 'No, para nada'. Y a partir de ahí nuestra relación fue... más homogénea. No tenemos ningún problema, voy a los actos de la escuela con mi pareja, él se queda a dormir en casa. Los chicos tienen la mente mucho más amplia que los adultos y viven las situaciones con la naturalidad que aprenden de los adultos."

Como en un juego de muñecas rusas parece que ese placard del que están obligados a salir quienes hicieron una elección sexual distinta a la heterosexual siempre hay una puerta más, y otra, y otra. Hay que decírselo a los padres, si se tomó esa decisión, después a los amigos, en el trabajo, en la obra social, etc., etc. Celia conoció a Cecilia en un grupo de madres lesbianas. La primera iba allí porque había tomado la decisión de tener un hijo por inseminación artificial, la segunda porque sus tres hijas –que tuvo de un matrimonio entre los 20 y los 24– ya eran mayores y no sabía cómo congeniar su maternidad con su elección sexual. "Lo primero que me dijo –dice Celia– es que estaba loca, que para qué tener hijos que después crecen y te cuestionan." Pero, como ellas eligen decirlo, "no se puede ir contra las elecciones de amor". Y así fue como se rindieron, se enamoraron y decidieron tener un hijo juntas. Lo hicieron por inseminación artificial porque no querían tener el referente de un padre conocido, querían que fuera de las dos. "Dani va a vencer absolutamente todo, le voy a dar mi apellido y la vamos a cuidar de la discriminación. No somos tontas, sabemos que va a tener que ir a la escuela y que las preguntas van a ser difíciles pero el amor es tan inmenso que vamos a salir adelante", dice Celia. En un principio era ella la que quería quedar embarazada con la donación de un óvulo de Cecilia, pero hubo algunos intentos y no pudo ser. Así que fue Cecilia quien la gestó y son las dos las que ejercen el rol de madres con tareas bien distribuidas. "Inconscientemente establecimos roles de acción, si llora de noche Ceci no se levanta, pero es la que le da de comer. La teta se la dimos las dos, Ceci alimentaba y yo calmaba porque no tenía leche, pero la succión la hacía dormir. Se baña con Cecilia, yo la visto." Por ahora no saben cómo serán los nombres que la nena elija para llamarlas, hasta ahora las dos son mamá. Pero tampoco Dani sabe pronunciar otra palabra. "Somos normales, somos una pareja normal, sólo que tuve que hacer un testamento a favor de mi hija y vamos a tener que pelear para que mi obra social la reconozca, pero la razón, estamos seguras, está de nuestro lado." Y lo mejor es que ¡¡¡ la ciencia les da la razón!!!.

POLITICA

Otra vez sopa


ANA D'ANGELO

POR CRISTINA GARCIA *

Toda decisión de política económica implica actuar sobre la distribución del ingreso, determinando beneficiarios y damnificados; y son los resultados –no sus intenciones– los que determinan el carácter del gobierno que la implementa.
Después del vértigo de cinco presidentes en diez días, la "cuarentena" que lleva la gestión Duhalde generó otro tipo de cataclismo: una fenomenal redistribución de ingresos hacia los bancos, los sectores exportadores y los principales grupos empresarios, desde los ahorristas, el Estado y los asalariados.
Hasta hace menos de dos meses un peso valía un dólar, la Argentina había declarado el no pago de la deuda externa, el sistema financiero estaba atrapado en el corralito y se nos prometía la reconstrucción del país a partir de una nueva alianza vertebrada con el sector de la producción y con una atención prioritaria a los excluidos del anterior "régimen" (definido aquél por la alianza del Estado con el sector financiero). Esta situación se daba en un estado de creciente movilización con objetivos similares, en la Capital Federal con los movimientos barriales (cacerolazos), y en el interior del país a través de distintos y permanentes tipos de conflictos, todo esto con el recuerdo de los saqueos y del jueves sangriento.
Era una oportunidad histórica para revertir el proceso iniciado en 1975 que ininterrumpidamente conformó una sociedad cada vez más desigual, con un Estado desarticulado, con un desempleo creciente y con 14 millones de pobres. "Oportunidad histórica" no quiere decir que sea fácil de realizar sino que había condiciones para intentarlo, apoyándose en fuerzas distintas: las movilizaciones, la creciente conciencia que el modelo anterior había fracasado, los 3 millones de votos que tuvo la propuesta del Frenapo, e incluso una mayor predisposición de la sociedad a asumir este desafío.
¿Qué fue lo que se hizo? Se decidió la salida de la convertibilidad: un dólar costaría 1,4 peso. Pero como esta decisión no estuvo incluida en un plan alternativo integral, es decir, en un sistema que definiera todas las situaciones afectadas (depósitos, deudas, contratos, etc.), lo que se generó fue una intensa lucha de intereses en cada uno de estos aspectos. Los resultados no muestran el principio de nada nuevo sino finales conocidos.
La primera acción que evidenció que nada nuevo ocurriría desde el poder fue la no aplicación de las retenciones a las empresas petroleras. Las retenciones son mecanismos que los gobiernos tienen para que la sociedad comparta parte de las ganancias extraordinarias que un sector obtiene con la devaluación. ¿Por qué fue tan importante esto? Porque al retroceder ante la primera medida que afectaba a algún grande, evidenció que se podían corregir las futuras. Y lamentablemente así fue. Cada día se toma una medida que desdice la anterior (siempre en la misma dirección): de los depósitos que se devolverían en la moneda de origen, a pesificación forzosa a 1,4, pero disponibles en cuotas entre el 2003 y el 2005; de las deudas hipotecarias que se pesifican 1 a 1 –y se mantienen las cuotas a que se pesifican– para que luego de seis meses se actualice el capitaladeudado, con lo cual es probable que, según la inflación, el alivio inicial que tuvieron los deudores se convierta en una pesadilla; de un doble tipo de cambio a tipo de cambio único. Y la frutilla del postre: la pesificación 1 a 1 de las deudas superiores a 100 mil dólares. Asistimos así al otorgamiento de este beneficio a empresas que tienen sus ingresos en dólares (Pérez Companc o Repsol) y/o a empresas con depósitos en dólares en el exterior.
Esta decisión se parece, por el monto y por ideología, a la adoptada por Cavallo en 1982. La democracia de 1983 no se animó a revertirla (por ejemplo, no distinguió entre deuda externa legítima e ilegítima, no aplicó impuestos a quienes habían obtenido ganancias extraordinarias por la estatización de sus deudas). **¿Podrá hacerlo la de hoy o la que logremos reconstruir a partir de las movilizaciones?** Apuesto a que se podría si alcanzáramos a focalizar algunas de estas alternativas y las asumiéramos colectivamente.
¿Qué pasó en estos cuarenta días? Enumerar los fenómenos es siempre más fácil que explicarlos; entre las razones podrían señalarse: la debilidad política de Duhalde; los sectores dominantes tienen fuertes vínculos en los dos partidos mayoritarios y la presión no la hacen sólo ellos sino también sus "representantes"; falta de confianza en la fuerza de la sociedad y apego a las negociaciones tradicionales entre conocidos; salvajismo de los grupos económicos; fuerte presión internacional, funcionarios que confunden gestión pública con lobby, y fundamentalmente la falta de un eje ético que recoloque al Estado y a la política al servicio del bienestar común. Se avecina un proceso muy complicado. La crisis recién empieza y la redistribución no concluyó. Las medidas tomadas no solucionan, ni intentan siquiera, los principales problemas del país: recesión, niveles de pobreza y empleo. De ellas sólo se desprenden: una mayor concentración de la riqueza (que esta vez se han apropiado de los recursos de los ahorristas y generado un mayor endeudamiento del Estado); un gobierno que juega su supervivencia temporal a recibir una fuerte ayuda externa; y un escenario de mayores despidos, suspensiones y cierres de empresas. Los tiempos en las crisis se acortan y esto no parece ser percibido. En estos momentos queda más en evidencia la responsabilidad de la Alianza del '99 por no haber sido capaz de constituir otro eje de poder.
¿Alcanzarán las cacerolas y los piquetes para revertir esto? Los dos solos, aunque coordinados, seguramente no, pero sin ellos sería imposible. Mucho se escribe en estos días sobre los cacerolazos y se predice sobre su futuro. Posiblemente no tengan una salida única: para algunos es sólo protesta y resistencia; para otros, espacios nuevos para reconstruir lo político; y para otros, la oportunidad de darle una dirección única y soñar con las masas encolumnadas detrás de sus banderas. Pero lo cierto es que difícilmente no tengan consecuencias políticas importantes. Otros hubieran sido los finales del gobierno de De la Rúa o de Rodríguez Saá y/o del funcionamiento de la comisión de juicio político a la Corte, si este movimiento no se hubiese dado, extendido y permanecido. Pero los cambios no son sólo institucionales; también cambian los roles de los sujetos. Así como en la década del '90 se decía que la pobreza llevó a las mujeres a asumir roles más activos en sus entornos, hoy, especialmente en el tema de los bancos, aparece un mayor número de mujeres en las protestas. Sin duda está ligado a que somos las que asumimos las tareas domésticas (trámites, colas, esperas, etc.), pero, ¿qué consecuencias tendrá empezar a interactuar con el mundo de las finanzas aunque más no sea para hacer escuchar las cacerolas?

* *Economista.*

RAMOS GENERALES

Indigna y adorable

Todos en la familia sabían que andaba hecha una loca, pero cuando la chica que aparecía en revistas más del conventillo que del corazón siempre entre hombres desnudos, amigos gay y famosos efusivos tuvo una curiosidad demasiado pública, demasiado ilegal ("¿la cocaína no les parece una droga divertida?"), bueno, su hermana mayor casi que pegó el grito en el cielo. Digamos que si no lo hizo fue sólo porque ella siempre supo que eso de ser reina de Inglaterra no se lleva con el reproche público, las reconciliaciones en la tele y esas cosas, pero bastantes motivos supo tener Isabel II para tratar de que quien fuera segunda en la línea de la sucesión al trono (qué distinta hubiera sido la historia con ella bajo la Corona, ¿verdad?) quedara relegada al perfil más bajo posible. Claro que nunca lo logró. Margarita tenía unos ojos celeste turquesa capaces de virar al violeta, una nariz de lo más Windsor y un pucho siempre colgando de la boca poco sutil. Muchos años atrás, cuando parecía que había decidido sentar cabeza, su hermana se negó a tener como cuñado a un divorciado, por más capitán que fuera, y Margarita tuvo que elegir: o se casaba con ese plebeyo y abandonaba los fastos reales, o desistía y seguía en casa. Eligió lo segundo, y a pesar de eso, de haber defendido siempre la monarquía, de haberse opuesto firmemente a cualquier modernización de la monarquía, desde adentro hacía todo lo posible por dar por tierra con todas las tradiciones azules. Si entre el casamiento frustrado y su matrimonio con el fotógrafo Anthony Snowdon se cansó de contar amantes, la vida de casada aceleró la colección y hasta instauró una suerte de competencia de infidelidades conyugales... pero todo terminó cuando Margarita tuvo cierto affaire con el mejor amigo de él. Separación, más amantes para todos los gustos (Sean Connery, Rod Stewart, el médico de cabecera de su hermana, y hasta un hippie), ella siguió en sus cinco hasta que el alcohol, el tabaco y alguna que otra droga empezaron a dar cuenta de los deslices en su cuerpo. Con la vejez, las rebeldías perdieron glamour y ganaron detalles de cotolengo. Hace no demasiados años, por ejemplo, se quemó las piernas, sin darse cuenta, al meterlas en una pileta demasiado caliente; debieron extirparle un pulmón, operarla de cosas extrañas y soportar sus rabietas cada vez más agrias. La princesa Margarita tenía 71 años, unos cuantos achaques y poco resto para seguir, pero supo irse en el momento justo para hacer ruido: cuando su hermana había empezado a festejar los 50 años de reinado. Eso es estilo.



Pelpa

Desde este numero, LAS/12 comparte el mismo tipo de papel que el resto del diario. Es una desicion ajena a la estética. El anterior tenia más cuerpo, pero no se consigue más en la Argentina y su precio internacional es tan prohibitivo que ni siquiera se está importando. Es sólo un cambio de papel que, por supuesto, no implica un cambio de papel.



Una mina bien polenta

En **María Ibarreta** coexisten todas las mujeres que fue a lo largo de estos años: la niña prodigio Mariángeles, la mujer del escritor Norberto Aroldi, la actriz prohibida durante la dictadura militar, la dama joven protegida por Tita Merello, la militante de Paz y Justicia. Esas experiencias diversas, a menudo dramáticas seguramente atraviesan su actuación en *El retrato del pibe*, una pieza de José Gonzales Castillo, con puesta y dirección del notable Miguel Guerberof.

POR MOIRA SOTO

"La antigua pintura al óleo, con el correr del tiempo, en ocasiones pasa a ser trasparente. Cuando esto sucede es posible, en algunos cuadros, ver los trazos originales: que aparezca un árbol a través del vestido de mujer (...), que un barco ya no esté en mar abierto... A esto se llama **pentimento**, porque el pintor se arrepintió, cambió de idea. Quizás también sería correcto decir que la primitiva concepción y su reemplazo por una preferencia posterior, son en verdad maneras de y luego ver una vez más": estas palabras de la escritora Lillian Hellman que figuran en el prólogo de su libro *Pentimento*, bien podrían aplicarse a capítulos de su vida que María Ibarreta –antes Mariángeles, luego María de los Angeles Ibarreta– va desgranando a corazón abierto, emocionada, riente, reflexiva, por momentos sorprendida de sí misma.

Como en esas antiguas pinturas que cita Hellman, ciertas zonas de la experiencia artística y vital de María Ibarreta fueron tapadas por nuevas vivencias y urgencias, lo que no entraña precisamente ni negación ni arrepentimiento: aun sin detenerse a procesarlo concientemente en medio de la aceleración y el vértigo, el peligro y los escollos, incluso la desorientación y la búsqueda aventurera, María Ibarreta fue incorporando nuevas maneras de ver que la enriquecieron como persona y como actriz, consolidaron una integridad que hoy la lleva a encarar proyectos muy jugados, de alta exigencia. ***Las gemelas***, de Copi, ***Ceremonia enamorada***, collage sobre personajes femeninos de Shakespeare y –actualmente en cartel– ***El retrato del pibe***, de José Gonzales Castillo, puesto en escena en tres registros diferentes, dan prueba de la maduración de un talento que lejos de buscar la seguridad se lanza al abordaje de propuestas innovadoras, sin red protectora. Salvo, por ejemplo, la que le puede ofrecer un director, un artista del grosor y la nobleza de Miguel Guerberof.

Ha sido precisamente al encarar la pieza de Gonzalez Castillo –que merece absolutamente verse en el Teatro Payró, viernes y sábados a las 21, a $ 8–, al encontrarse con un lenguaje y una mitología que formaron parte decisiva de su historia, que María Ibarreta, en esta espléndida madurez como intérprete, se ha detenido a mirar ciertos cuadros de su vida que habían quedado en parte cubiertos por nuevas escenas y que ahora se transparentan, despiertan de su latencia, son refrescados y valorados, ensamblándose al mosaico de una vida vivida, viviente.

LA NIÑA EN EL OLIMPO

"Abrí los ojos en escena siendo una niñita: trac, miré y ya estaba ahí, sobre las tablas. En realidad, vino todo mezclado: cámaras de TV, cámaras de cine, candilejas del teatro... A través del tiempo y los trabajos fui incorporando distintos saberes. Muy chica, sin haber seguido cursos formales, aprendí con actores como Luis Arata, Mario Fortuna, estuve cerca de Armando Discépolo, Tita Merello, Niní Marshall... Era una niña a la que le llegaban las cosas, no se trató de una elección premeditada. Fui llevada por las circunstancias, al deseo lo encontré después."

Nena muy tímida, su mamá pensó que alguna expresión artística la iba a soltar de sus polleras y por lo tanto la llevó a aprender danzas folklóricas. Un día aparece en las clases un tal Pancho Cárdenas, se arma un programa infantil de TV y la chiquita se encuentra con un nombre que iba a ser famoso: Mariángeles. Era la época de la tele en vivo y la nena empezó a sentirse a gusto, halagada, consentida. "Lo hablamos con Bárbara Mujica alguna vez: esto de haber empezado de niñas, de no tener cabal conciencia, de ser y no ser, sentir que te volvés diferente. Por eso, años después, sentí tanta necesidad de tomar distancia."

Mariángeles debuta en teatro con –de pie, damas y caballeros– doña Lola Membrives en ***Los verdes campos del Edén***, junto a José María Vilches, en cine con Luis Arata –otro grande– haciendo ***Cinco gallinas y el cielo***, y paralelamente y después, mucha, muchísima televisión ("un mundo lleno de pasiones a veces encontradas, pero lleno de energía vital, donde conocí a directores como David Stivel, María Herminia Avellaneda. Martín Clutet... Había otros códigos en aquella época, un tiempo de ensayo, se cuidaba la puesta en escena...").

Estrella adolescente, a los 16, Mariángeles se escapa de su casa para casarse con el escritor y actor Norberto Aroldi, con quien vivió una gran historia de amor. De pronto, la niña bonita y ya no tan tímida entra en otro universo, tiene la fortuna de arrimarse a la última etapa de la bohemia porteña. "Conocí a casi toda la gente valiosa de la cultura popular: la Ñata Gaucha, Rosita Quiroga, prácticamente vivía con la Merello. Mirá, entraba con Norberto al lugar que tenía Lucio Demare y me tocaban ***Malena*** para mí. Seguía siendo un poco la chica mimada, ahora rodeada de esta magia increíble, algo que he podido empezar a rescatar, revalorizar. Vivencias muy fuertes, personajes fuera de serie... Te confieso que recién hace poco estas experiencias empezaron a resurgir, a fluir. Porque todo fue muy repentino, muy intenso. Imaginate, yo estuve cerca del hijo –Cátulo Castillo– del autor que estoy interpretando ahora, José González Castillo."

"Esta obra, entonces, me lleva a revisitar esos lugares un tanto relegados. Además, se trata de una pieza en verso, en lunfardo –ese lenguaje del criollismo– que te imaginarás que con Norberto, con la gente que circulaba en aquel tiempo, era el código, moneda corriente, y ahora me resuena tanto. Y no es sólo el lunfardo, también ciertas mitologías, signos de una época de la que recibí los últimos resplandores... Te tendría que empezar a hablar también de D'Arienzo –y tantos de esa estirpe– a los que tenía de este lado, y del otro a los Beatles..."

En esta actualidad integradora, de unión de las piezas del puzzle de su vida, a María se le ocurre pensar que ha tenido varias vidas, y que a algunas las vivió como quien no quiere la cosa, con cierta inconsciencia, sin advertir en toda su magnitud el privilegio que representaba, por ejemplo, tener ahí nomás a Armando Discépolo, "escucharlo hablar sobre el hecho de la creación con esa inspiración... Personajes que ahora son bronce y que para mí fueron vivencias cotidianas, tan humanos y al mismo tiempo parte del Olimpo. En estas fechas me tomé una vacaciones laborales porque estaba un poco agotada de todo ese ritmo que tan tempranamente se me impuso. Vacaciones que, de todos modos, no duraron mucho porque pronto tuve a mis dos hijos, y ya se me acabó la noche porteña. Empezaron otras responsabilidades, otros horarios, claro".

Para María, aún dentro de la naturalidad con que se tomó el mundo que se le abrió después del matrimonio, siempre hubo un espacio misterioso donde la palabra magia cobraba todo su valor: "Yo he sido testigo de zapadas en Caño 14, cuando se quedaban Troilo, Norberto. He visto a Amelita Baltar, a Piazzolla haciendo música sólo para ellos. Y más allá de la comprensión que te puedan dar los años y algún conocimiento adquirido, hay algo que sé que es secreto, inexplicable racionalmente: esa zona azarosa de la creación que va por otras vías".

CRECER DE GOLPE

Cuando murió Norberto Aroldi, justamente el día del cumpleaños de la actriz, la pareja ya se había disuelto pero María permanecía cerca de él. Los hijos eran chiquitos –Sebastián, 6; Florencia, 4– "y yo me convertí en su único sostén. Tuve que trabajar duro y en un punto no los pude disfrutar, me queda esa añoranza. Pero no tenía alternativa. Estuvo muy próxima de mí la Merello, la recuerdo como muy generosa en esos



momentos. ¿Sabés lo que era ir al mercado o a la iglesia con ella? Me indicaba: arrodillate, rezá, llorá. ¿Y yo que iba a hacer viviendo semejante temporal? Cumplía órdenes, por supuesto... Por ahí, entre oraciones y lágrimas, me daba vuelta y la veía pasando la manga, el cepillo, cómo se llame, haciendo la colecta entre los bancos y plantándose frente a alguien que no aportaba soltándole un 'Che, vos' Ibamos a la feria de Callao y Córdoba que ya no estaba en la calle. Bueno, era una fiesta, ella entraba, saludaba a todo el mundo, preguntaba los precios aunque nadie le iba a cobrar nunca nada. Ahí te dabas cuenta de cuánto la amaba el pueblo, más allá de la valoración de los críticos...".

Al terrible dolor de la pérdida del padre de sus hijos, a la incertidumbre frente al futuro, María debe sumar la infausta noticia de estar prohibida. "Voy a grabar al viejo canal 7 y viene un productor y me dice que estoy en la lista. A mí no me bajaba la ficha hasta que, tac, ese dato me conecta con la realidad, me saca de esa especie de parálisis en que había caído, abrumada por las responsabilidades, la pena, la falta de recursos. Por esas arbitrariedades del Proceso, descubrí que estaba prohibida en un canal y en otro no. Pude empezar a trabajar con Alberto Migré, que me respaldó mucho. Fui la novia de Ricardito Darín en *Pablo en nuestra piel*. En ese entonces, ya me había añadido mi apellido al Mariángeles, pero trabajando con Migré me quedé finalmente con María Ibarreta. Mi vida había estado tan expuesta que sentí el impulso de reencontrarme internamente, tomar cierta perspectiva."

COMPASION, CON PASION

El cuidado de sus chicos, el trabajo para ganarse el pan familiar, los diversos cursos que siguió no le impidieron a María Ibarreta desplegar otras inquietudes: "Me acerqué al Servicio de Paz y Justicia, a Adolfo Pérez Esquivel y estuve cinco años en un asentamiento trabajando. Sí que fue una buenísima experiencia, me abrí a situaciones muy dolorosas que desconocía. La primera vez que, incitada por un compañero, tomé un colectivo y me bajé en Quilmes, quedé sin aire. Fue muy importante para mí, aprendí mucho con gente que quise, que quiero mucho".

–¿Cómo manejabas el peligro al que, sin duda, te exponías?

–No me daba manija en ese sentido, éramos unos cuantos en la misma situación. Por estar tan ocupada, entro a trabajar en Teatro Abierto recién en el tercer año. La vida continúa, María forma pareja durante una década con Osvaldo Dragún, que se convierte en padre de sus hijos: "Fue un hombre al que amé muchísimo: mi hermano, mi compañero, mi padre, mi maestro.. Lo extraño: su tolerancia, su cabeza abierta sin el menor dogmatismo".

María no es de acordarse puntualmente de las fechas –"yo, pensamiento oriental", se excusa sonriente– pero no puede menos que recordar una data capital en su vida de actriz: cuando Cipe Lincovsky la convocó para hacer *Madre coraje* en el Cervantes, bajo la dirección de Roberto Sturúa, "que me estimuló una creatividad que me desconocía. Al tiempito hice el espectáculo *Pero me quedo*, sobre un texto surgido de improvisaciones. Me invitan al festival de Córdoba, conozco a Paco Giménez y empiezo otra búsqueda de lo más excitante. Con este director hago *Ludibrio y estrapelia* y *La jabonería de Vieytes*, codirigida ésta con Helena Tritek. Después me llamó Miguel Guerberof".

AMORES QUE SON OBRAS

La idea de *Ceremonia enamorada*, que estuvo varios meses en cartel en Babilonia, fue de Guerberof. "Cuando recibo su propuesta, yo ya me estaba metiendo en el mundo fascinante de las mitologías primitivas, tanto que ahora tengo un proyecto relacionado con esa temática, y empecé a ver los materiales teatrales desde un enfoque muy enriquecedor que se sumó a la erudición de Miguel. Le respondí: probemos, sabiendo que era un viaje de gran exigencia. Sí, me dio chucho. Empezamos a ensayar en el living de mi casa. Seguimos, seguimos durante cuatro meses. En un punto fue una especie de entrenamiento para este *Retrato del pibe* que estoy haciendo ahora: en *Ceremonia...* hacía una serie de personajes casi sin transición; en *Retrato* es el mismo personaje en tres registros que lo van modificando sin cambiar el texto, sólo su lectura".

María Ibarreta no gana para sustos con Miguel Guerberof: "Me sorprendió esta vez con un proyecto de un sainete de Gonzalez Castillo. Nos reunimos con Horacio Acosta, un actor maravilloso, un encanto de persona que estuvo con Giménez, que hace tiempo estudia con Miguel y empezamos el laburo. Esta puesta en tres registros, desde una mirada actual exenta de la misoginia que acaso teñía las versiones escénicas de antaño, ofrece al público un enfoque crítico sobre la condición de la mujer a comienzos del siglo pasado: subalterna, sometida, prostituida. Como decía Simone de Beauvoir, otro sin subjetividad. A mí lo que me pegó en el tratamiento del personaje femenino de *El retrato del pibe*, que sin duda responde a un signo cultural y social de la época, es esa estrategia de Juana frente al hombre, al macho, en una relación de desiguales. Ambos se aferran a este retrato del pibe que es como el ancla que los enlaza para que sobreviva esta forma de amor que ciertamente se tienen".



PERSONAJES

zafada

POR MARIA MORENO

“Verme a mí es como tenerme hablando al lado”, dice Cecilia Elía, la conductora –o el referí– del “Mundial de videos” que sale de lunes a viernes por MuchMusic. Flaca spaguetti, pero spaguetti, para un *pas de deux*, musculosa, sin hueso a la vista, cero silicona, hace tiempo que dejó de soñar que era solista del Bolshoi.

–Pero sigo leyendo literatura rusa. Me encanta, por ejemplo *Humillados y ofendidos* de Dostoievski. Tengo un fetichismo de lo ruso. Me paro ante una mesa de librería y las novelas rusas me llaman: “Comprame”. Hasta aprendí ruso en la Facultad de Ingeniería. Era la única alumna. Iba todas las tardes como dos horas.

–¿Hasta dónde llegó?

–Sé ruso I y II.

–¿El sueño de Rusia era por el ballet?

–De chica sí. Pero el ambiente de la danza es muy difícil. Empecé a los 8 años. Es muy duro: te pesan cada quince días justo cuando te va cambiando el cuerpo Era buena pero no muy. Tal vez lo que necesitaba era más práctica. Además la mayoría de las chicas que van al Colón dejan el colegio porque requiere demasiado tiempo. Y mi mamá no quería que dejaran el colegio. Cuando tenía quince, dieciséis, todavía decía competitivamente “Yo voy a llegar”. Me encanta Maximiliano Guerra que ahora forma gente. Mirá si hubiera seguido. Pero a los 17 años dije “esto no” y no sabía por qué lo cambiaba.

–¿Extraña la Rusia Socialista?

–Sí. Una vez, en Much yo tenía una remera que decía Aeroflot con el signito comunista y me preguntaron en un mail “¿qué dice?” y yo contesté que estaba en ruso. Y terminé la frase: “¿Cuándo vamos a ver a mi Rusia comunista de nuevo?”. Al otro día me llegó el e-mail de una chica que me decía que “le pregunté a mi papá qué es el comunismo. Y no me supo explicar bien”.

Cecilia Elía habla “a mil”, quizá porque pertenece a una generación en donde ganar tiempo y palabras profetiza el deseo de ocupar un espacio televisivo. Con ese estilo de “la hermana de mi mejor amigo”, sorprende cuando echa mano al machete de estudiante de Comunicación de la UBA y larga expresiones como “doble discurso” o cita algún párrafo de *Miestrios Egipcios* de José Alvarez López lo mismo que hace una interpretación prêt à porter de *Filosofía en el tocador*, de Sade. Todo comprimido, sin argumento, algo que en su ritmo de videoclip equivaldría a injertar una soporífera secuencia de Herzog. Si confiesa que fue a un secundario privado que funcionaba como una burbuja y que la carrera en la UBA, al principio le costó un huevo, ahora parece haber logrado una negociación. A la cultura del siglo XX la traduce en forma de graffiti: “Una vez mandé algo de Benjamin, algo de la politización del arte y de la espectacularización de la política y me dijeron ¿cómo en un programa de música estás citando a Benjamin? No podés. Pero por los mensajes vi que había funcionado. A mí me llegan e-mails que dicen que no llegaron a ningún otro programa de Much. De chicos de letras que hacen análisis extensos de la industria cultural. E-mails elevados. En general se subestima un poco al público. Porque nunca podés saber muy bien quién te está mirando”.

Antes de trabajar en MuchMusic, Cecilia fue productora en FM La Tribu y hacía notas para AM Radio El Sol de Lanús. Estaba rondando lo que quería hacer aunque lo enuncie de manera rara: “No sabía qué quería hacer ni tenía contactos para hacerlo”. Claro que la palabra *casting* entonces le sonaba como para conseguir chicas tipo Emma Burton, una cantante gordita que todavía usa el truco de ponerse una túnica de red sobre la bikini mojada y hacerse milanesa en una playa mientras maulla letras zonzas y que, cuando Cecilia tiene que anunciarla en “Mundial de Videos”, le hace torcer la comisura izquierda de la boca como si estuviera sosteniendo un pucho con el aire de una milonguera.

–La palabra *casting* me daba vergüenza. Era como ser representante. Me suena como muy. Hasta que una amiga me dijo “Están haciendo un casting en MuchMusic”, fijate a ver qué onda. Cuando iba de mi casa a Much, decía “¿Qué estoy haciendo? Está lleno de chicas que quieran trabajar en televisión”. Internamente sabía que quería algo de eso pero no lo reconocía. A mí siempre me había gustado mucho Pergolini, sabiendo que toda imagen transgresora reproduce de alguna manera el mismo sistema, que no sirve de mucho pero igual me gustó siempre. Caminaba y seguía como con un doble discurso. Hasta que pensé: “Nada. Si la vida te quiere ahí, andá”. Fui, hice el casting. Quedamos tres chicas. Estaban Adrián de Rosa, mi jefe de piso, la parte creativa de televisión abierta y un camarógrafo. Eran ocho personas en una especie de sótano. Las chicas entraban por tandas. Me hicieron hacer una especie de copete. Después un chivito de América on line. Después nos llevaron a Mar del Plata a hacer notas para ver con quien se quedaban. Era la primera vez que agarraba un micrófono en mi

“Sí. Una vez, en Much yo tenía Aeroflot con el signito comunis- ¿qué dice?” y yo contesté que e ¿Cuándo vamos a ver a mi Rus







PERSONAJES

zafada

Cecilia Elía es la animadora de "Mundial de videos" que sale de lunes a viernes por MuchMusic. Su estilo mezcla citas de Walter Benjamin con puteadas a Britney Spears. Y la adoran.

POR MARIA MORENO

"Verme a mí es como tenerme hablando al lado", dice Cecilia Elía, la conductora –o el referí– del "Mundial de videos" que sale de lunes a viernes por MuchMusic. Flaca spaguetti, pero spaguetti, para un *pas de deux*, musculosa, sin hueso a la vista, cero silicona, hace tiempo que dejó de soñar que era solista del Bolshoi.

–Pero sigo leyendo literatura rusa. Me encanta, por ejemplo *Humillados y ofendidos* de Dostoievski. Tengo un fetichismo de lo ruso. Me paro ante una mesa de librería y las novelas rusas me llaman: "Comprame". Hasta aprendí ruso en la Facultad de Ingeniería. Era la única alumna. Iba todas las tardes como dos horas.

–¿Hasta dónde llegó?

–Sé ruso I y II.

–¿El sueño de Rusia era por el ballet?

–De chica sí. Pero el ambiente de la danza es muy difícil. Empecé a los 8 años. Es muy duro: te pesan cada quince días justo cuando te va cambiando el cuerpo Era buena pero no muy. Tal vez lo que necesitaba era más práctica. Además la mayoría de las chicas que van al Colón dejan el colegio porque requiere demasiado tiempo. Y mi mamá no quería que dejaran el colegio. Cuando tenía quince, dieciséis, todavía decía competitivamente "Yo voy a llegar". Me encanta Maximiliano Guerra que ahora forma gente. Mirá si hubiera seguido. Pero a los 17 años dije "esto no" y no sabía por qué lo cambiaba.

–¿Extraña la Rusia Socialista?

–Sí. Una vez, en Much yo tenía una remera que decía Aeroflot con el signito comunista y me preguntaron en un mail "¿qué dice?" y yo contesté que estaba en ruso. Y terminé la frase: "¿Cuándo vamos a ver a mi Rusia comunista de nuevo?". Al otro día me llegó el e-mail de una chica que me decía que "le pregunté a mi papá qué es el comunismo. Y no me supo explicar bien".

Cecilia Elía habla "a mil", quizá porque pertenece a una generación en donde ganar tiempo y palabras profetiza el deseo de ocupar un espacio televisivo. Con ese estilo de "la hermana de mi mejor amigo", sorprende cuando echa mano al machete de estudiante de Comunicación de la UBA y larga expresiones como "doble discurso" o cita algún párrafo de *Miestrios Egipcios* de José Alvarez López lo mismo que hace una interpretación prêt à porter de *Filosofía en el tocador*, de Sade. Todo comprimido, sin argumento, algo que en su ritmo de videoclip equivaldría a injertar una soporífera secuencia de Herzog. Si confiesa que fue a un secundario privado que funcionaba como una burbuja y que la carrera en la UBA, al principio le costó un huevo, ahora parece haber logrado una negociación. A la cultura del siglo XX la traduce en forma de graffiti: "Una vez mandé algo de Benjamin, algo de la politización del arte y de la espectacularización de la política y me dijeron ¿cómo en un programa de música estás citando a Benjamin? No podés. Pero por los mensajes vi que había funcionado. A mí me llegan e-mails que dicen que no llegaron a ningún otro programa de Much. De chicos de letras que hacen análisis extensos de la industria cultural. E-mails elevados. En general se subestima un poco al público. Porque nunca podés saber muy bien quién te está mirando".

Antes de trabajar en MuchMusic, Cecilia fue productora en FM La Tribu y hacía notas para AM Radio El Sol de Lanús. Estaba rondando lo que quería hacer aunque lo enuncie de manera rara: "No sabía qué quería hacer ni tenía contactos para hacerlo". Claro que la palabra *casting* entonces le sonaba como para conseguir chicas tipo Emma Burton, una cantante gordita que todavía usa el truco de ponerse una túnica de red sobre la bikini mojada y hacerse milanesa en una playa mientras maúlla letras zonzas y que, cuando Cecilia tiene que anunciarla en "Mundial de Videos", le hace torcer la comisura izquierda de la boca como si estuviera sosteniendo un pucho con el aire de una milonguera.

–La palabra *casting* me daba vergüenza. Era como ser representante. Me suena como muy. Hasta que una amiga me dijo "Están haciendo un casting en MuchMusic", fijate a ver qué onda. Cuando iba de mi casa a Much, decía "¿Qué estoy haciendo? Está lleno de chicas que quieran trabajar en televisión". Internamente sabía que quería algo de eso pero no lo reconocía. A mí siempre me había gustado mucho Pergolini, sabiendo que toda imagen transgresora reproduce de alguna manera el mismo sistema, que no sirve de mucho pero igual me gustó siempre. Caminaba y seguía como con un doble discurso. Hasta que pensé: "Nada. Si la vida te quiere ahí, andá". Fui, hice el casting. Quedamos tres chicas. Estaban Adrián de Rosa, mi jefe de piso, la parte creativa de televisión abierta y un camarógrafo. Eran ocho personas en una especie de sótano. Las chicas entraban por tandas. Me hicieron hacer una especie de copete. Después un chivito de América on line. Después nos llevaron a Mar del Plata a hacer notas para ver con quien se quedaban. Era la primera vez que agarraba un micrófono en mi vida. (Después, cuando tuve que ponérselo a Charly, él me tuvo que sostener la mano porque vio que me temblaba, como diciendo "tranquilizate", lo que me puso mucho más nerviosa.) Hice lo que tenía que hacer. A los dos meses me llaman y me dicen: bueno, arrancá.

> "Sí. Una vez, en Much yo tenía una remera que decía Aeroflot con el signito comunista y me preguntaron en un mail '¿qué dice?' y yo contesté que estaba en ruso. Y terminé la frase: '¿Cuándo vamos a ver a mi Rusia comunista de nuevo?'."

MUCHMUSIC: EL PISO DEL AMOR

En el "Mundial de videos" una banda como Metallica puede ser presentada como cromagnónica por tipos como Bobby Flores pero puede ganar o perder por la votación del público que vota desde la misma computadora desde donde le manda a Cecilia mensajes casi siempre pudorosos.

–No me siento sexy ni nada. Y sé que estoy adentro del sistema desde donde trato de hacer otra cosa. Porque cuando entrás a trabajar, hay opciones. Elegís qué postura vas a tener. Las primeras semanas era políticamente correctísima cuando presentaba un video. Hasta que me tocó presentar uno de Gloria Stefan –me acuerdo–, que es una de las personas que más detesto y que me produce como algo en la piel, y lo largué y no me dijeron nada. Porque una persona que sale y dice "quiero mi Cuba libre"... Si antes, una persona decía "Quiero mi Rusia libre ", saltaban: ¡Mirá la política que está haciendo! Y lo hace ella y nadie le dice nada. Alguien que responde a la basura que son los Stefan, que es Miami, que es *latino Miami*. Repugnante. Y dije una cosa así y en esos términos.

–¿Y?

–Y nada. Con lo que se armó polémica fue con un video de Shakira, un video deleznable también que se llama *No creo* donde ella dice "No creo en Carlos Marx, no creo en Jean Paul Sartre". Y hay imágenes de tomates contra un poster de Carlos Marx. Después sale un grupito de chicos con carteles que dicen "Jean Paul Sartre vive". Ella pasa y los mira como diciendo "Muéranse". ¿Cómo que *no creés* en Marx? ¿Cómo que *vos* no creés? Carlos Marx *es*. Encima esa postura medio intelectual de *"estoy citando esto"*. Lo dije hasta puteando. Después lo volví a repetir con más altura.

–¿Qué altura?

–Saqué las puteadas.

Cecilia cultiva el arte borgeano de la injuria pero en versión mini, sin retórica.

–¿Britney Spears?

–Es reventante esa onda "Soy flaca y tengo la panza chata y vos tenés que ser igual". Todo primer plano, todos los temas iguales, cero música, cero valor comercial. Lo dije y un chico me puteó como si le hubiera tocado a la madre. Tenía 17 años. No se bancó que alguien le cuestione lo que hacen los medios. Bueno, yo también a los 17 años, a lo mejor tampoco me bancaba que me tiren abajo algo. Pero una persona a la que le escriben los temas, pone la cara y hace dieta ¿Qué es?

–¿Qué es?

–Es una misma fórmula reproducida. Yo no sé cómo hay mercado para tantos porque no es que hay Los Backstreet Boys y una rubia. Hay cinco rubias y cinco grupitos de cinco.

–¿Tinelli?

–Detestable. Lo que representa él, su humor, su grupo.

–¿Cuál es el límite de lo que mandás en MuchMusic?

–El tiempo. Estoy en un lugar en donde, en la medida que se puede, yo trato de volcar más cosas. Pero sacamos pisos de un minuto y medio, más no. Hemos pasado a gente no tan obvia como Bob Marley –¡Músicos!–, videos de los ochenta que no pasaba nadie, que estaban superguardados. El programa va todos los días a las ocho, se repite a la una del mediodía del otro día y los domingos a las tres de la tarde. Así que te puede sacar del sarcófago. Cuando hago entrevistas investigo al personaje para no hacer una nota estándar aunque a veces haya que hacerla en dos minutos. También trato de que sea un lugar para que los músicos hablen de otras cosas y no sólo de música. Se piensa que los músicos no saben o no pueden. Pero es que no se les pregunta. Sobre política, sobre la globalización. Tratamos de hacerles preguntas lo más profundas posible y no salir del paso y llenar los dos minutos.

–¿"Tratamos"?

–Manuel es el chico con quien hacemos la investigación. Un tipo fabuloso. El es el que me calma. "Bajá, estás cebada, bajá."

–¿Hizo alguna pregunta imprudente?

–Yo quería que Charly comente cada partido y que diga más o menos lo que le parece. "No, eso es de muy mal gusto", me contestó. Y era verdad. Para un artista argentino hablar de otras bandas es de pésimo gusto. Me quería morir.

–¿Algún novio?

–Manuel. El chico con quien trabajo. Lo conocí en Comunicación. Después me lo encontré en MuchMusic donde trabajé tres meses antes de hacer este programa diario. Un sueño.

–¿Usted cuánto gana?

–Me pagan 750$ menos los 100 del monotributo. En cheque Banco Galicia. Me mantienen mis padres. Pero ayudo: al teléfono lo pago yo.

–¿Le pagan con el estrellato?

–Preferiría vil materia.



Cecilia Elía es la animadora de "Mundial de videos" que sale de lunes a viernes por MuchMusic. Su estilo mezcla citas de Walter Benjamin con puteadas a Britney Spears. Y la adoran.

vida. (Después, cuando tuve que ponérselo a Charly, él me tuvo que sostener la mano porque vio que me temblaba, como diciendo "tranquilizate", lo que me puso mucho más nerviosa.) Hice lo que tenía que hacer. A los dos meses me llaman y me dicen: bueno, arrancá.

MUCHMUSIC: EL PISO DEL AMOR

En el "Mundial de videos" una banda como Metallica puede ser presentada como cromagnónica por tipos como

a remera que decía
y me preguntaron en un mail
aba en ruso. Y terminé la frase:
comunista de nuevo?'."

Bobby Flores pero puede ganar o perder por la votación del público que vota desde la misma computadora desde donde le manda a Cecilia mensajes casi siempre pudorosos.

–No me siento sexy ni nada. Y sé que estoy adentro del sistema desde donde trato de hacer otra cosa. Porque cuando entrás a trabajar, hay opciones. Elegís qué postura vas a tener. Las primeras semanas era políticamente correctísima cuando presentaba un video. Hasta que me tocó presentar uno de Gloria Stefan –me acuerdo–, que es una de las personas que más detesto y que me produce como algo en la piel, y lo largué y no me dijeron nada. Porque una persona que sale y dice "quiero mi Cuba libre"... Si antes, una persona decía "Quiero mi Rusia libre ", saltaban: ¡Mirá la política que está haciendo! Y lo hace ella y nadie le dice nada. Alguien que responde a la basura que son los Stefan, que es Miami, que es *latino Miami*. Repugnante. Y dije una cosa así y en esos términos.

–¿Y?

–Y nada. Con lo que se armó polémica fue con un video de Shakira, un video deleznable también que se llama *No creo* donde ella dice "No creo en Carlos Marx, no creo en Jean Paul Sartre". Y hay imágenes de tomates contra un poster de Carlos Marx. Después sale un grupito de chicos con carteles que dicen "Jean Paul Sartre vive". Ella pasa y los mira como diciendo "Muéranse". ¿Cómo que *no creés* en Marx? ¿Cómo que *vos* no creés? Carlos Marx *es*. Encima esa postura medio intelectual de *"estoy citando esto"*. Lo dije hasta puteando. Después lo volví a repetir con más altura.

–¿Qué altura?

–Saqué las puteadas.

Cecilia cultiva el arte borgeano de la injuria pero en versión mini, sin retórica.

–¿Britney Spears?

–Es reventante esa onda "Soy flaca y tengo la panza chata y vos tenés que ser igual". Todo primer plano, todos los temas iguales, cero música, cero valor comercial. Lo dije y un chico me puteó como si le hubiera tocado a la madre. Tenía 17 años. No se bancó que alguien le cuestione lo que hacen los medios. Bueno, yo también a los 17 años, a lo mejor tampoco me bancaba que me tiren abajo algo. Pero una persona a la que le escriben los temas, pone la cara y hace dieta ¿Qué es?

–¿Qué es?

–Es una misma fórmula reproducida. Yo no sé cómo hay mercado para tantos porque no es que hay Los Backstreet Boys y una rubia. Hay cinco rubias y cinco grupitos de cinco.

–¿Tinelli?

–Detestable. Lo que representa él, su humor, su grupo.

–¿Cuál es el límite de lo que mandás en MuchMusic?

–El tiempo. Estoy en un lugar en donde, en la medida que se puede, yo trato de volcar más cosas. Pero sacamos pisos de un minuto y medio, más no. Hemos pasado a gente no tan obvia como Bob Marley –¡Músicos!–, videos de los ochenta que no pasaba nadie, que estaban superguardados. El programa va todos los días a las ocho, se repite a la una del mediodía del otro día y los domingos a las tres de la tarde. Así que te puede sacar del sarcófago. Cuando hago entrevistas investigo al personaje para no hacer una nota estándar aunque a veces haya que hacerla en dos minutos. También trato de que sea un lugar para que los músicos hablen de otras cosas y no sólo de música. Se piensa que los músicos no saben o no pueden. Pero es que no se les pregunta. Sobre política, sobre la globalización. Tratamos de hacerles preguntas lo más profundas posible y no salir del paso y llenar los dos minutos.

–¿"Tratamos"?

–Manuel es el chico con quien hacemos la investigación. Un tipo fabuloso. El es el que me calma. "Bajá, estás cebada, bajá."

–¿Hizo alguna pregunta imprudente?

–Yo quería que Charly comente cada partido y que diga más o menos lo que le parece. "No, eso es de muy mal gusto", me contestó. Y era verdad. Para un artista argentino hablar de otras bandas es de pésimo gusto. Me quería morir.

–¿Algún novio?

–Manuel. El chico con quien trabajo. Lo conocí en Comunicación. Después me lo encontré en MuchMusic donde trabajé tres meses antes de hacer este programa diario. Un sueño.

–¿Usted cuánto gana?

–Me pagan 750$ menos los 100 del monotributo. En cheque Banco Galicia. Me mantienen mis padres. Pero ayudo: al teléfono lo pago yo.

–¿Le pagan con el estrellato?

–Preferiría vil materia.



Mes de la mujer

A partir del 12 de febrero y hasta el 8 de marzo, el Health Club del hotel Hilton será la sede de una serie de eventos especiales para festejar el "Mes de la mujer". Entre otras actividades, el programa incluye degustaciones de vinos, clases de automaquillaje, de gimnasia o cocina.
El arancel para cada actividad es de 10 $ y pueden hacerse consultas al 48910035.



Valentines con burbujas

Para quien quiera seguir festejando San Valentín, a pesar del atraso, Pommery propone un par de brindis con su champagne Brut Rosé, una variedad obtenida a partir de mezclar tres uvas –pinot noir, meunier y chardonnay- de sus viñedos propios. Como obsequio especial, cada botella viene acompañada por un colgante de plata en forma de corazón.

Ondina

La obra teatral del maravilloso Jean Giraudoux ha vuelto a presentarse en el Espacio Cultural Anfitrión (Venezuela 3340, 4931-2124). Por una módica entrada (5 $ y algo menos para jubilados y estudiantes), los sábados a las 21 hs. puede disfrutarse de esta pieza que, bajo la dirección de Berta Goldenberg, relata "con poesía la quimera del amor eterno".

Cena picaresca

Para las noches de los sábados, el restó Finis Terra (Honduras 5200) propone comenzar una velada de vino y tapas (a 10 $) abriendo con un brindis que convoque a Dionisios. A partir de ese momento, la voz de Marta Lorente hará un recorrido entre sensual y humorístico por textos de Marguerite Duras, Mario Vargas Llosa, Angeles Mastretta, Susana Silvestre y algunos consejos del Kamasutra. Para más datos, se puede llamar al 48310335.

34 puñaladas

Es el nombre de la orquesta que hace de los tangos lunfardos de los años 20 y 30 protagonista exclusivo de su repertorio. "Tangos reos y carcelarios", el show que presentan los sábados a las 21 en la librería Gandhi (Corrientes 1743) incluye temas clásicos y rarezas, además de la reciente incorporación de un repertorio instrumental. La entrada vale 5 $.



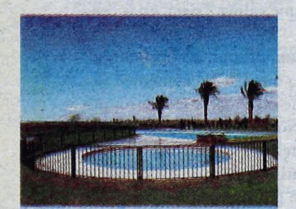
Solidaridad fashion

Por tercera vez, la firma Ona Saez ha emprendido una campaña para enlazar lo puramente comercial con lo benéfico. "Sentimientos no perecederos", se llama la campaña que finalizará el 15 de marzo y que ofrece un descuento del 50 por ciento sobre cualquier prenda, a cambio de donar alimentos no perecederos, ropa, pañales, revistas, juegos de mesa y cualquier otro tipo de ayuda material. Las donaciones serán entregadas al Hogar San Martín, de Buenos Aires, y al Grupo Misionero, que apoya hogares del interior del país.



Foto de probeta

Desde hace un tiempito, la Torre de los Ingleses, ese reloj gigante de Retiro, dispone de una galería bastante interesante. Allí, en la sala II del Fotoespacio de Retiro, Livia Basimiani está presentando "In vitro", una muestra inquietante que puede verse hasta el 9 de marzo. La entrada es libre.



Veranito porteño

Para quienes se queden en la ciudad, o ya hayan regresado de alguna escapada, el Vilas Club ofrece una serie de planes de verano individuales o familiares. Los programas corren para cualquiera de las tres sedes (Bosques de Palermo, Hotel Inter-Continental o Nordelta) y pueden consultarse en el 4777-7500 (de lunes a viernes, entre las 8 y las 20 hs.), o en www.vilasclub.com

Bebés playeros

Para estos días ozono y sol fortísimo, aparecieron en el mercado Pampers Sunnies. Se trata de unas toallitas húmedas que, al aplicarse, dejan sobre la piel una capa de protector solar factor 30. Cada envase trae, además, una serie de stickers que se pegan sobre la piel y cambian de color cuando ha pasado el tiempo máximo de protección.



Información, comentarios y/o saludos: las12@pagina12.com.ar

Doris los prefiere vulnerables



Sabiduría garantizada, de Doris Dörrie, es una película feminista con muy buena leche para tratar a los personajes masculinos. ¡Con tal que la crítica no la considere "femenina"!

POR M.S.

Un hombre de recia mandíbula, boca pulposa y calvicie progresiva hace pucheros en el baño de un avión: la mirada tristísima, los labios curvados en un gesto que no puede controlar; las lágrimas se escurren por sus mejillas liberando en parte su angustia. "No sé cómo manejar esto, ya no sé más nada...", le dice a una camarita de video. El tipo, Uwe, acaba de ser abandonado –su mujer se fue de casa con los chicos, harta ya de estar harta de su absoluta desconsideración– y, en medio de la desolación pasada por whisky, consiguió pegarse a su hermano, Gustav, que partía al Japón, a un monasterio zen. Más adelante, ya en la residencia de los monjes, Gustav, el cuerpo dolorido por los trabajos de limpieza y el alma acoquinada porque siente que ha fallado en sus aspiraciones de perfección, gimotea como un niño antes de dormirse, acurrucadito, mirando las sombras de las plantas del jardín que se proyectan tomando formas abstractas sobre la pared alumbrada por los últimos rayos de sol, en una de las imágenes de más refinada sugestión cinematográfica que regala *Sabiduría garantizada*, la creación de Doris Dörrie estrenada esta semana.

En esta bienhechora película una vez más la directora alemana se acerca a personajes masculinos con una actitud abierta, desprejuiciada, indulgente, a años luz de estereotipos largamente apuntalados por otros cineastas. Está clarísimo que el corazón netamente feminista de D. D. se interesa vivamente por los seres humanos en general, más allá de géneros, orientaciones sexuales, colores, edades... De ella nadie podrá decir -aunque nunca falta algún cromañón de la crítica local, de esos que cuando no pueden acusar a una directora de resentida contra los hombres dicen: "es femenina, no feminista"– que maltrata a los personajes masculinos, que se dedica a escrachar varones, que los manda a un opaco segundo plano (como alguna que otra vez ha hecho su connacional Margarethe von Trotta), en fin, que denigra al género masculino. Reproches que han recibido, casi siempre injustamente, muchas cineastas, desconociendo los reprochadores más de un siglo de evidente o implícita misoginia en buena parte de las producciones cinematográficas... Pero ciertamente, hay mucha persecuta masculina en esto de que las damas directoras –en cuanto se aparecen con alguna reivindicación– son unas amargadas que vilipendian a los pobrecitos hombres a piacere... Entre los films hechos por mujeres últimamente estrenados, se pueden citar personajes masculinos tan simpáticos como el tímido sensible que no quiere una robot tan sometida de *La mujer que todo hombre quiere* (Gabriela Tagliavini); el padre tramposito y mitómano –pero francamente adorable–, de *Besos para todos* (Daniele Thompson); el sobreviviente curtido y sin embargo compasivo de *Taxi, un encuentro* (Gabriela David). Y acaso el ejemplo más concluyente para la ocasión: los más que humanos Jean-Jacques, Moreno y Deschamps de otra película que –como *Sabiduría...*– mejora la calidad de vida espiritual y afectiva de los espectadores: *El gusto de los otros* (está en video).

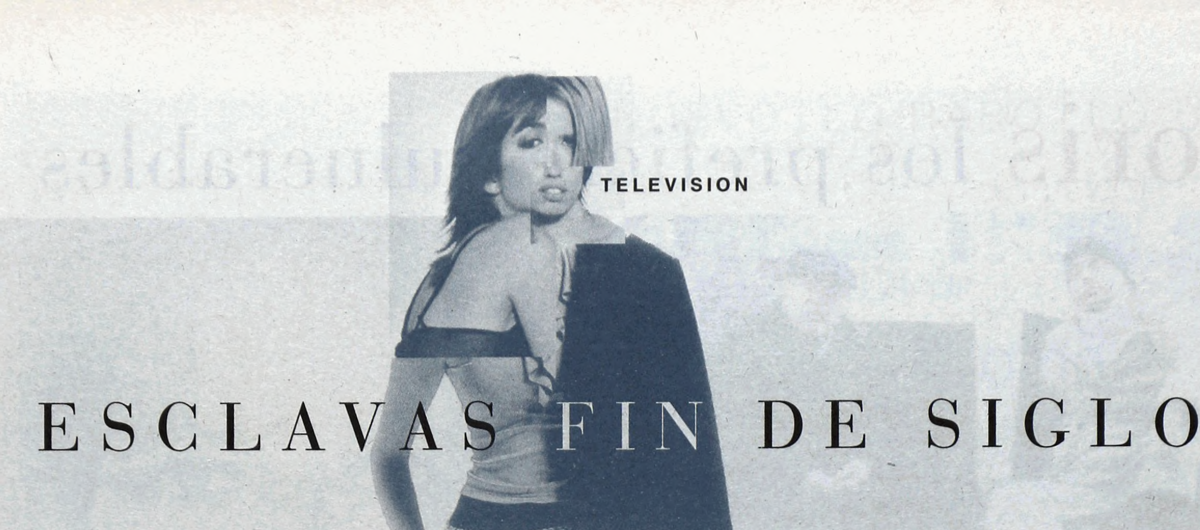
Bueno, basta, salgamos de la habitual presentación de pruebas (todavía necesaria, mal que nos pese) antes de que se acabe este espacio que bien se merecen los muchachos de Doris Dörrie. Creadora que si bien siempre ha demostrado buena leche hacia los varones (recuerden sus dos últimas pelis: *Nadie me quiere*, *¿Soy linda?*), en el caso de *Sabiduría garantizada* los elige como protagonistas absolutos, quedándose las mujeres (siempre con suficiente espesor otorgado con certeras y sutiles pinceladas) con roles secundarios, casi fugaces. De una presencia virtual en el caso de Petra, la mujer de Uwe que a través del metraje es la destinataria de la larga carta que él le escribe (le graba), un film dentro del film, uno de los hallazgos iluminadores de este estreno.

La verdad es que Dörrie ya había puesto a dos personajes principales masculinos en *Hombres* –realizada a los 30–, describiéndolos con dosis equitativas de ironía y clemencia, haciéndolos jugar alternadamente distintos roles y dejando transparentar sus deseos ocultos, las verdaderas motivaciones, los sucesivos disfraces. Precisamente uno de sus protagonistas, Uwe Ochsenknecht, encabeza junto a Gustav-Peter Wöhler el mínimo reparto de *Sabiduría...*.

En las primeras escenas, con la precisión que la caracteriza, Dörrie pone bien de manifiesto que ambos hermanos son como dos niños cuarentones, malcriados por el entorno social, por sus propias mujeres a las que no les hace gracia trabajar de madres de sus respectivos maridos, pero que a la vez cumplen –hasta un punto– el rol doméstico asignado por la cultura. Es muy significativa la situación en que Uwe, vendedor de instalaciones para cocinas, teoriza con un cliente sobre ese espacio en el cual son las mujeres las que actúan. Gustav, por su lado, es experto en feng shui (mucha orientación a sus clientes, mucho jardín zen de mesa), pero cuando la fuente de agua del living pierde, ¿quién se arrodilla a limpiar?

Buena nada, que en ese viaje los hermanos empiezan a dejar de ser dos extraños, a dejar de mantener las apariencias, ayudados por el breviario zen que porta Gusta quien, por el momento, es el maestro, mientras que Uwe oficia de discípulo renuente. Una vez en Tokio, a medida que lo van perdiendo todo (pasaportes, hotel, tarjetas, dinero de bolsillo) y se van quedando con lo puesto y ellos mismos, la desesperación cede lugar al humor, las pretensiones se flexibilizan, terminan durmiendo en la calle, en cajas de cartón ("sentirse bien en la propia piel sin un lugar, dejándote llevar calmarás el dolor, en el dolor se encuentra la felicidad", recita Gustav). Los hermanos se pierden en la ciudad abigarrada y se reencuentran milagrosamente, se abrazan felices. Una chica alemana con buena onda los pone en el camino del monasterio cuando ya están a punto de caramelo para vivir una experiencia transformadora.

En la vida monacal, el maestro se vuelve discípulo porque resulta que Uwe se deja llevar, por lo que Gustav se resiente un poco y pelean como cuando eran chicos y seguramente rivalizaban por el amor de mamá. Pero cerca del final, cuando charlan en el jardín, comparten la evocación cariñosa de la madre: uno la imagina viva, con su falda gris y su blusa rosa y el pelo finito "que heredamos los dos"; el otro la recuerda lindísima, "en especial sus manos, aunque nunca se las arreglaba"; Gustav menciona aquellos aros de perlas "que le regaló papá", Uwe aspira su perfume "que olía tan bien"... A la hora de la sincera y profunda reconciliación, los hermanos, embellecidos de pura humanidad, reconocen que han empezado a cambiar. Lo mismo que, casi seguramente, el público que asiste a cada proyección.



ESCLAVAS FIN DE SIGLO

POR SOLEDAD VALLEJOS

"A mí me parece increíble toda esta locura que hay. Todas creen que pueden ser tops y, en realidad, son muy pocas las que llegan. Esto está fomentado por los medios, aunque también es cierto que ésta es la década de la belleza, del culto a la estética como nunca antes pasó." El testimonio es de mediados de los 90, y el que hablaba era Ricardo Piñeyro, el señor representante que a mediados de diciembre saludó a 3500 chicas al grito de "un aplauso para ustedes, que han llegado hasta aquí, ¡ya!", felicitando a las muchachas deseosas de participar en "Super M 2002" por haber recorrido el largo camino desde sus hogares hasta el Hipódromo munidas de sonrisa y maquillaje. En el medio, entre esa década y los comienzos de esta otra, quedaron las supuestas sacudidas al estándar híper delgado que Sophie Dahl iba a asestarle al mundo de la moda con la rotundidad de sus caderas británicas, los escándalos veraniegos por las lolitas, y la salud de unas cuantas en manos de la anorexia. Todas esas amenazas de cambio de normas estéticas, a qué negarlo, quedaron en la nada cuando Sophie decidió adelgazar porque no conseguía campañas que hacer, las lolitas dejaron de ser cosa rara, y muchas siguieron muriendo por trastornos alimenticios. Por el contrario, las supermodelos nunca desaparecieron, como profetizaba *Time* en 1998, simplemente se tomaron el tiempo necesario para mutar. Era necesario oxigenar un poco el ambiente después de tanta Claudia, Naomi y Cindy. Si el mundo de las modelos había sabido mostrarse como lejano, distante, imposible, en ese período de metaformosis aprendió un par de cosas: el show debía continuar, por supuesto, pero las mismas crisis que habían ido fagocitando a la alta costura acechaban a todo lo que pareciera alejar el lujo de las masas. Ante todo, era preciso mantener la ilusión. Los desfiles dejaron los salones pequeños, exclusivos, para asomar por los espacios públicos: el salón, ahora, es la televisión. Una estrategia de supervivencia, señaló la periodista española Margarita Rivière (autora de *Lo cursi y el poder de la moda*), es "transformar a las ideas hegemónicas en marcas de prestigio", la televisión es "ese lugar donde las masas admiran lo inalcanzable y toman buena nota de lo que deben desear como modelo de vida".

El programa de tv Super M 2002 demuestra que ningún cacerolazo puede con la vigencia de las top models y que –como dijo una crítica especializada– en el mundo de la moda la estrategia más certera es "transformar las ideas hegemónicas en marcas de prestigio".

Volvamos, entonces, a esa multitudinaria convocatoria en el Hipódromo. Era el día D, la jornada del scouting (una especie de proceso de cazamodelos) que daba comienzo al reality show del verano, un mix entre "Pop Stars" y los concursos de Ethel Rojo, con el agregado de las intimidades de la convivencia tan aprovechadas por "Gran Hermano". Pero todavía faltaba para eso. Por entonces era el momento de adolescentes exultantes ("ser modelo es el sueño de cualquier mujer", "siempre me gustó", "es lo que más quiero") porque alguien iba a pesarlas, medirlas, ver sus fotografías y decidir si eran tan lindas como pensaban o la idea sólo se apoyaba en la mirada cariñosa de mamá. Después, a medida que el número de escogidas fue decreciendo, vinieron algunos desfiles, pruebas de maquillaje, sesiones fotográficas, y la sección favorita del público aficionado a E!, el fashion emergency criollo. Cuanto más avanzada la selección, más delgadas, más "cerca de la gloria", más expuestas a situaciones increíbles. Por fashion tv pudo verse, en tres episodios, cuando el jurado decidía quiénes serían las 16 en llegar a la etapa de "internado" (dos semanas de convivencia y entrenamiento), y quiénes las 10 descartadas. Cada una de las concursantes debía bajar una escalera, enfrentar la mesa examinadora y contestar algunas preguntas. Acababa de retirarse una de las chicas (a quien pidieron que se diera vuelta un rato, que les mostrara mejor su espalda) cuando Piñeyro no pudo contenerse: "Ya era hermosa antes del fashion emergency". "Sí, sí, es increíble, esos hombros", acotó la fotógrafa Andy Cherniavsky; "me encanta", coincidió el productor publicitario Marcelo Cepeda. "...No me gustan sus dientes", gruñó con disgusto María Teresa Solá (productora de modas de la revista *Para Ti*), que juega a ser la mala del jurado. "No importa, ya se los vamos a arreglar." A otra, que no los convencía demasiado por tener "demasiada rodilla, piernas muy fuertes" (¿cuánto podrá caber en menos de 55 kilos?), intentaron juzgarla por sus "valores". "¿Qué te gusta hacer?". "Leo, leo mucho" "¿Qué?" "Bucay".

A juzgar por el relativo éxito del programa (no andan nada mal las mediciones), por las fichas personales de las finalistas (la más pulposa reparte 57 kilos en 1 metro 81, pero hay otra de 45 kilos y 1 metro 65), y por las tendencias que marcan las revistas y publicidades, las super modelos y su ideal de belleza extraterrestre tienen vida para rato. El 46 por ciento de las chicas argentinas entre 16 y 23 años, asegura un estudio de Marcovecchio, quiere ser modelo o cantante; un lejano 13 por ciento se inclina por profesiones tradicionales como la de médica. "Mi mamá trabaja catorce horas por día como cajera de un supermercado y yo pretendo tener otra vida", explicó una chica en el Hipódromo. A veces, las crisis pueden juntarse.

De donde sobra a donde hace falta

En el mundo existen 400 bancos de alimentos. Inspiradas en esa experiencia, dos cocineras decidieron fundar uno. La institución se nutre de donaciones: productos que por diversas razones –etiquetas mal pegadas, envases con abolladuras, errores de información en el *packaging*– no pueden salir al mercado, pero que están en perfecto estado de conservación. Su destino son los comedores escolares y otras entidades de bien común.



foto malala fontan

POR SONIA SANTORO

La idea fue de dos cocineras. Que, –como se diría en un cuento– cansadas de ver la cantidad de comida que sobraba y se tiraba en los restaurantes que solían visitar, decidieron meter mano a tanto derroche y armar una receta equilibrada: es decir, repartir lo que a algunos les sobraba a aquellos que lo necesitaban todo. Le pusieron de nombre *Banco de Alimentos*, inspiradas en los más de 400 que funcionan en todo el mundo. Hoy, a casi un año de la primera donación, ya distribuyeron casi 400 mil kilos de comida a unas 250 entidades –comedores escolares, hogares de niños, hogares de ancianos y asociaciones de bien común– gracias a las que comen unas 27 mil personas de la ciudad de Buenos Aires y el Conurbano.

Las cocineras son Mercedes de Schilling, presidenta de la organización; y Clara Gotelli, directora. Y ya casi no tienen tiempo de dar las clases de cocina que solían. Ahora se ocupan de hacer cumplir su misión: contribuir a reducir el hambre de la gente pidiendo donaciones de productos.

¿Cómo es esto? Los alimentos suelen tener problemas de envasado, etiquetas mal pegadas, abolladuras, o errores en la información del *packaging*, explican. Una vez, por ejemplo, una empresa embaló 11 toneladas de galletitas con una menos por paquete, con lo cual, pesaba menos que lo que decía el envoltorio, y si la empresa hubiera sacado ese producto al mercado, hubiera violado la ley de Lealtad Comercial. Todos esos productos, que no pueden salir a la calle por esos detalles pero que están en perfecto estado de conservación, se donan al Banco de Alimentos. También puede ser que los productos tengan un vencimiento corto o que se trate de alimentos de estación, como pan dulce o huevos de Pascua, que pasada la fecha no pueden venderse.

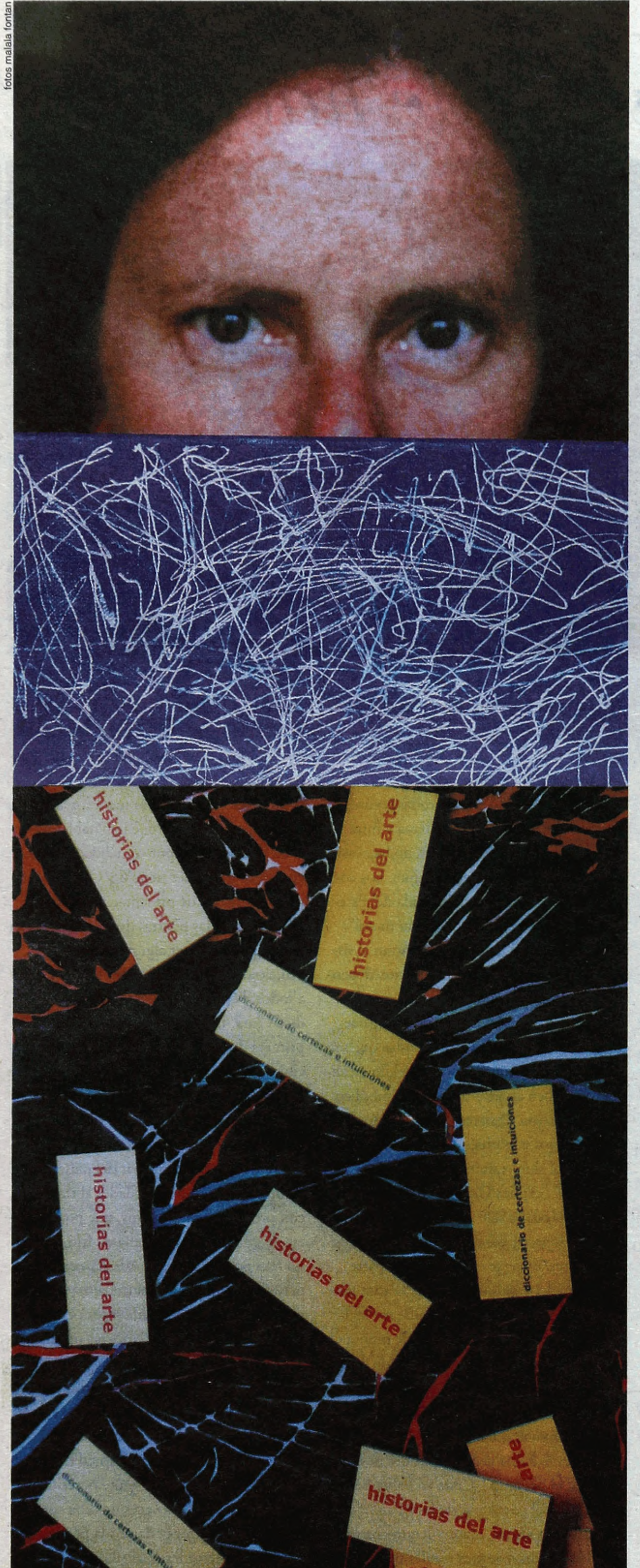
Por otro lado, como la destrucción tiene un costo muy alto para las empresas, el Banco de Alimentos se acerca a ellas ofreciendo un servicio: una manera eficaz y económica de reubicar los productos comestibles, pero no vendibles. Del otro lado de la cadena, los comedores y hogares reciben alimentos no perecederos a los que, muchas veces, les es difícil tener acceso, como paté o cereales, por ejemplo.

Las entidades están clasificadas según sus necesidades en máxima, mediana y mínima. "De todas maneras, ahora no hay casi ninguna que se considere mínima. Los comedores dejaron de recibir ayuda del Estado... ahora es casi una obligación moral", dice Mercedes. Y una vez que entran al sistema, reciben comida regularmente, dependiendo de las prioridades de cada una. Las entidades, por su parte, deben encargarse de retirar los pedidos en el depósito que se encuentra en Munro y, por cada kilo de alimento, deben aportar un precio simbólico de 10 centavos. "Esto es para los gastos administrativos y también para que no pidan sin control sino realmente lo que van a consumir", explica Clara. Unas 100 personas, de las cuales sólo dos son rentadas, hacen funcionar al Banco: algunos visitan los comedores, otros se encargan de la parte operativa del depósito, otros de la administración. La organización también recibe la donación de servicios, como el de prensa y comunicación de la entidad, o los de flete.

Esa primera idea, ver cómo aprovechar lo que a las empresas ya no les servía, empezó a dar vueltas hace dos años. Para Mercedes le había llegado "la hora de hacer algo por el prójimo". Clara ya había hecho solidaridad al participar de las Misiones Rurales Argentinas, manteniendo correspondencia con maestras rurales para apoyarlas "porque están muy solas". Sabían que en Estados Unidos –país donde se desarrolló por primera vez este modelo en la década del '60– se distribuyen anualmente 500 mil toneladas de alimentos y quería hacer algo así acá.

Durante el primer año metieron a sus maridos en el proyecto, e inevitablemente a sus hijos que, no por casualidad, son muchísimos: Mercedes tiene 6 y Clara, 7. Armaron carpetas de presentación y empezaron a golpear las puertas de las empresas en donde podían tener algún contacto. Al principio fue difícil: "La idea les encantaba a todos, pero nadie quería hacer punta", dice Clara. Les llevó un año conseguir la primera donación, el 5 de abril de 2001 recibieron kilos y kilos de paté Swift. Y desde entonces la cadena empezó a armarse.

El próximo paso, cuentan, es doble. Por un lado, fomentar el desarrollo de Bancos de Alimentos en el interior del país. Por el otro, ampliar sus posibilidades al trabajo con productos perecederos, que por necesitar de una compleja cadena de frío todavía no han podido abarcar. Además, esto les permitiría complejizar el trabajo, ya que podrían procesar esos alimentos perecederos, enseñar el oficio, y entregar productos a los que la gente de menos recursos difícilmente accede, como frutas y verduras. Por el momento, son planes. Pero que ellas encuentran muy factibles de concretar porque creen que hay mucho capital humano dispuesto. "Hay mucha gente necesitada de ayudar a otros y a veces no sabe cómo hacerlo... Nosotros le damos la posibilidad", dice Mercedes. Y si ella, que alimenta a más de 27 mil bocas desde hace un año, lo dice...



Un diccionario para siempre

Diana Aisenberg es una artista plástica cuya obra reflexiona sobre la relación entre palabra e imagen –la palabra como forma, la imagen como sentido–. Ahora acaba de editar *Historia del arte, diccionario de certezas e intuiciones*, un texto escrito en colaboración, en red y hasta se diría que "en asamblea". Incluye términos usados por los artistas y por todo el mundo.

POR ROSARIO BLÉFARI

Pintar. Enseñar. Dos modos para Diana Aisenberg de ocuparse de lo mismo. Prueba y resultado están ahora en un diccionario de términos relacionados con ambas prácticas que compila y edita a partir de colaboraciones y de su propia reflexión. En este paso confluyen las obsesiones presentes en su obra y el aire animado y paciente de los que encaran tareas enormes. Es que se propuso una obra infinita, a la que se dedica a diario con la ayuda de colaboradores espontáneos y un pequeño equipo estable cada vez más imprescindible. Presentó su proyecto en una convocatoria de Trama para "práctica artística con proyección social". Una vez seleccionado editó el libro ***Historias del arte, diccionario de certezas e intuiciones***, sólo una de las formas en las que desemboca la búsqueda que Aisenberg emprende por la red y últimamente por el papel impreso (*Hecho en Bs. As.*, *Ramona*) con esta fórmula: "Busco definiciones, citas, acercamientos, explicaciones, reflexiones, pistas, recetas, acerca de la palabra (...). Muchísimas gracias. Diana Aisenberg". Nunca pensó que iba a hacer un libro, ni que era tan emocionante hacerlo. Pero esto no es "el" libro, es una versión de cien palabras. No quiere decir que después vaya a salir otra, con otras cien y si llegara al *Manual del alumno* –una versión extensa– sería una versión más. El proyecto de este diccionario cambia de soporte según con quién se encuentra, así como según quién escribe es el nivel de la definición, según quién participe es lo que hay, según cuál sea el encuadre qué se está moviendo, cambia el soporte. Por ejemplo, la versión que sale en la revista *Ramona* tiene una cantidad de caracteres preestablecidos y fue la primera vez que apareció impreso en forma ordenada.

–Lo que quisiera combatir es la idea del diccionario que encajona, cuestionar eso, porque las definiciones cambian. Estaba harta de que me hablaran con palabras que se suponen que quieren decir una cosa y en la historia del arte quieren decir otra. Después se fue engrosando porque me asombraba encontrar cada vez más palabras, no tan obvias, a medida que daba clases en muchos lados. Y una vez, en una mesa redonda a la que me invitaron a hablar, había como diez personas usando la palabra "interdisciplinario" para decir cosas muy distintas y el resultado de la charla era cero comunicación. Me fui pensando ¡cómo puede ser que toda esta gente que habla el mismo idioma esté usando la misma palabra de esa forma!

–¿Cómo es trabajar con colaboraciones?

–Me siento completamente agradecida de que haya gente que me escriba lo que piensa, más aún si no me conocen. Creo que es entregar una intimidad. A veces me recomiendan sitios de Internet o dónde mirar –y yo no voy a mirar porque no estoy haciendo una investigación de la palabra–, pero a veces recomiendo lo que me recomiendan. Lo que me interesa es que quienes colaboran lo hagan porque quieren, si no, que no colaboren. Cuando empiezan a preguntarme *para qué es* y *por qué* estoy buscando, no contesto ni les mando más el pedido. Cada vez que aparece algo que lo hace público se suma mucha gente más. Todos integran una lista común de colaboradores. Las firmas aparecen solamente en una sección de esta edición que es un poco explicativa de cómo es el trabajo, una muestra de cómo llega el material sin editar y dónde se puede ver más o menos lo que yo hago después al procesarlo.

–En esta edición nombrás a Marina de Caro, madrina del proyecto.

–Marina de Caro es una artista que cuando yo hacía esto para mí –empecé haciéndolo con mis alumnos y luego se incorporaron amigos–, ella era una de las pocas personas que sabían que lo estaba haciendo y me preguntaba "¿seguís haciendo el diccionario?". Siempre se ocupó de que yo siguiera con él, porque es un trabajo loco, eterno, inútil. Marina es la madrina porque fue fundamental en todos los pasos, una persona a la que puedo decirle: editá esto que yo no puedo más.

–¿Cuál es la importancia de Internet, existiría el proyecto sin la red?

–Cuando empecé no tenía computadora. En el Rojas, cuando daba un teórico que se llamaba Historias del arte, como esta edición, había un solo chico que tenía

Internet en el trabajo. Si había algo que interesaba, se sacaban fotocopias y se intercambiaban. Internet es muy útil, pero en realidad yo creo que se tiene que poder implementar de otras maneras. Si de pronto pasara que no tuviéramos señal o algo así, sería un problema pero no dejaría de ser posible el intercambio, porque Internet lo que hace es sólo facilitar. También uso Internet para ver cómo se usa una palabra, te da un panorama general.

–¿Cómo clasificás el material que recibís?

–Una sección es de Internet, otra es de los colaboradores. Hay otra de citas y hay también mucho mío, incluso yo escribo como colaboradora. A veces vienen chistes, muchos y con la misma humorada, por eso al final de todo pongo chistes. Porque cuando algo viene repetido, aunque no me guste lo pongo, lo mismo ideas con las que no estoy para nada de acuerdo. Esos son más o menos los criterios, que son amplios, pero los hay. Me encantaría armar un equipo –que de hecho se va armando naturalmente– porque está quien me ayuda a redactar, corregir, investigar en Internet, los que me traducen. Me doy cuenta de que es material para que otras personas hagan con esto mucho más de lo que yo puedo hacer. Excede la memoria de mi computadora, excede mi memoria personal. Voy flotando en eso y hago lo que puedo, ése también es mi criterio.

–¿Qué lugar ocupa la escritura en tu actividad?

–Escribí poesía como casi toda la gente, pero nunca *supe* escribir. Lo que siempre escribí son los textos para los catálogos de las muestras de mis alumnos. Eso es algo que siempre hice con una mirada entre poética y teórica. Como se supone que puedo hablar de arte porque es mi trabajo, tengo que poder escribirlo, pero después nunca pensé dedicarme a escribir. Escribo si tengo algo para decir, no es como pintar. Escribo tal idea o tal proyecto o lo que pienso sobre tal cosa. En una época trabajé armando palabras cruzadas. Andaba con los diccionarios, armaba las grillas y las definiciones, que es como el diccionario al revés.

Recién ahora, para hacer esto, tuve que aprender un poco de puntuación. ¡Y a mí que no me gustan las mayúsculas! Pero ahora tengo otro tic: agarro los libros y sin leer voy mirando puntos, espacios. Para mí es algo mágico, miro los punto y coma y me sigo preguntando. Pero amo el texto. Leo todo, hasta en los colectivos leo donde dice "ponga las monedas". Me encantan los manuales –me gusta mirarlos, pero no sigo las instrucciones–, leo la ciudad, leo las paredes, tengo completamente incorporada la imagen y la palabra. El título "Historias del arte" era el del curso donde empezó lo del diccionario, pero el subtítulo "Diccionario de certezas e intuiciones" vino después. Estaba con un amigo y había llegado a "Diccionario de certezas", pero sabía que no era eso solo, porque también quería algo que fuera todo lo contrario, y él me dijo: vení, acá vamos a encontrar la palabra que buscamos y me agarró del hombro y me paró frente al kiosco de diarios y revistas y empecé a leer. El kiosco era un libro abierto. En la tapa de una revista encontré lo que faltaba: "intuiciones".

–¿Te acordás cuando pintabas palabras en tus cuadros?

–Siento totalmente hilado mi trabajo con el diccionario a esa parte de mi obra. Cuando incluía la palabra en los cuadros estaba más concentrada en algo que es muy parecido: me preguntaba cómo te viene la información, en imagen, en palabras, en los subtitulados del cine o en los afiches. Todo lo que es la *palabra-imagen* o la palabra *como imagen* veía que era algo natural, presente en el modo de absorber información del mundo. Venía junto, y entre lo que uno escuchaba, lo que leía y lo que veía, armaba su cuadro. Esto me encanta en el diccionario, que las imágenes se hagan en el que lee la definición, por eso no quiero ilustrarlo. Cuando pintaba cuadros con palabra no podía dejar de hablar de un tema. Bastante tiempo después me di cuenta, me acordé. En ese entonces me sobrepasé, llegué al colmo. Siempre hago lo mismo. *Pinté* la frase y los textos enteros. Sacaba de todos lados, que es un poco lo que hago ahora cuando cito por ejemplo a Felisberto (Hernández), uno de mis amores.

–Al incluir el pedido en el mailing de poesia.com empezaste a recibir definiciones de otros países. ¿Qué se ve?

–Ahora que se me amplía a Latinoamérica estoy empezando a filtrar más lo que me interesa. Una cosa es recibir del medio nuestro que más o menos conozco y sé dónde ubicarlo. Pero ahora que se extendió así, es medio apabullante. Está el caso de extranjeros que están casados con argentinas, por ejemplo, que usan una mezcla del idioma y están muchas veces más cerca de los conceptos que nosotros. Me interesa esa relación afectiva con el idioma. Angustia cuando llega siempre lo mismo, por ejemplo con "patrimonio", aparte de que la patria es un moño, vino mucho lo de que patrimonio viene de padre y matrimonio viene de madre, pero sin desarrollar, porque eso puede ser interesante. Me parece que mucha gente no tiene una segunda lectura de las cosas, se queda ahí o tal vez se queda pensando después. Mucha gente no escribe, pero me para por la calle y me dice que pensó semanas sobre esa palabra. Por ejemplo, en Córdoba una chica me dijo que quiere armar un diccionario sobre la educación porque es maestra y se da cuenta de que hay palabras que tienen que ver directamente con la educación y otra quiere hacer uno de cocina y yo les dije "¡Buenísimo! ¡Hagamos!". Hay muchas cosas que suceden y no están registradas y para mí son parte del trabajo y es lo que me motiva a seguir –es pretencioso lo que digo y pretencioso es el proyecto en sí–, pero cuando llega a las personas, queda incorporada una reflexión sobre el lenguaje en la vida cotidiana.

–Sos una pintora que enseña.

–Siempre fui la artista pintora y docente. Nunca pinté porque quise y di clases porque necesitaba plata. Nunca tuve separado el hecho de producir arte y de transmitir modos de trabajar con eso, para mí siempre fue lo mismo. Y era un concepto que hace veinte años me costaba explicar. Finalmente con esto del diccionario se me hace uno. Entonces, no es que estoy yo sola con mi telita hablando conmigo y contestándome que ¿a quién le importa? Incluso a mí ¿qué me importa? Lo que encuentro de ambicioso o imposible –en el mejor sentido– de mi trabajo en la pintura como en el diccionario es exactamente lo mismo: esa intención de dejar el rastro de algo que al mismo tiempo está abierto y contar con eso.



"Lo que me encanta del diccionario es que las imágenes se hagan en el que lee la definición, por eso no quiero ilustrarlo"

–¿Es en el encuentro con otro que las cosas se concretan para vos?

–Sí, porque sino no me importan. Quiero decir, no es mi plan, ojalá sucediera, pero no voy a trabajar para que el libro esté en todas las librerías. Es parte del plan, pero para mí lo importante es elegir la palabra. Estar atenta primero de todo al lenguaje en el mundo que me rodea. Ese es mi trabajo principal: elegir la tarea, mandarla, recopilar, encontrar las vías de difusión, por ejemplo ahora está apareciendo también en *Hecho en Bs. As.* y siempre alguien me contesta. Estoy probando meterme por donde aparezca. Sacarlo de la estructura de Internet, es un medio, pero que esté en papel, en una revista que se vende en la calle y si alguien me dice que lo puedo poner en la tele, lo pongo.

–¿Cómo elegís las palabras?

–Llega un momento que tengo tan incorporado el trabajo que se me imponen las palabras de la misma manera que cuando quiero pintar un cuadro. A veces me viene una palabra y me contengo hasta que no aguanto más y se la mando a todo el mundo y me digo que no puedo estar apabullando a la gente si mandé una hace tres días. A fin de año mandé dinero porque todo el mundo estaba pensando en eso, y después estando de vacaciones se me impuso "patrimonio". Empecé a decir bueno, si no hay plata, ¿qué hay? Uno no piensa ni en recurso, ni en capital, ni en patrimonio, todo lo que hay, lo que tiene, lo que le es dado –que no es dinero, pero que finalmente lo es–. Leí un proyecto en portugués donde se hablaba de que todo lo que se produce es patrimonio. Entonces dije: "Claro, el capital de uno es lo que uno hace". Estaba en medio de la sierra sin luz eléctrica y lo único que quería era venir a la computadora y mandar esa palabra. Para pensar en eso. Hay por lo menos un montón de personas que lo reciben, ven ese cartel y se van a quedar mirando, como cuando separás la palabra del contexto.

–¿Todas son palabras que usan los artistas solamente o se salen del territorio de la práctica artística?

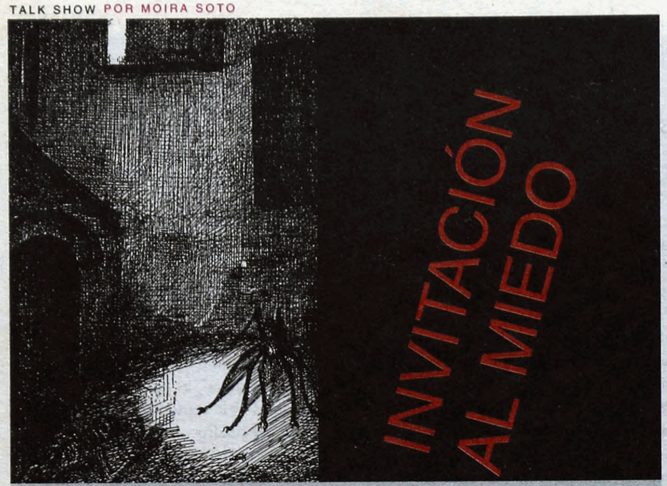
–Las palabras que yo elijo son palabras que usamos para hablar de arte, pero todos, cualquier persona. Después de la conjunción *arte y vida* que empezó el siglo pasado y donde ahora es tan confuso el límite. Pero sigue habiéndolos. Y hablando de eso, pienso cuál es el límite del diccionario. Parece algo infinito, pero sólo se limita porque yo no puedo poner todo. Si pongo "ventana", es porque encuentro "windows" y la ventana renacentista, el recorte, el cuadro y lo mismo con "bajada", ¿qué es "bajada"? Y se usa continuamente. Empieza a haber palabras que son de lo cotidiano que están inmersas en el lenguaje del arte y que tienen historia. También están esas palabras de las que se habló tanto que son un plomo, pero tienen que estar y son las más difíciles, como "objeto".

–"Profesional", por ejemplo, suele ser considerada insulto o elogio según quién lo diga y a quién.

–Es la reina de las contradicciones. Algunos me escribieron que el artista no tiene profesión. A mí personalmente me encanta ser profesional. Otra es "referente". Un tipo llegó a decirme que hacía muy mal en ocuparme de esa palabra. Y que la saque del diccionario porque clasifica, determina, entonces no sirve para nada. No pueden ver que eso mismo tiene un sentido distinto. Para mí son mis maestros, mi papá, mi mamá. La generación de los cincuenta, sesenta, no quieren referentes, defienden la originalidad. Con los ochenta también hay bandos, algunos dicen los ochenta fueron una mierda, todo era tirar pintura.

–¿De generaciones anteriores o los que siguieron?

–De todo, pueden ser pendejos que dicen: esa mierda. Mucha gente sin haberme escrito me comentaba que se habían puesto a pensar en lo que les pasó, gente que volvía al país en esos años y se llevaban una impresión muy fuerte, y también hubo alguien que me escribió esto: "Daisy, yo nací en 1983. Te digo que en esa época, los ochenta, se usaban bolsitas para el jardín de infantes de la misma tela que el guardapolvo, no como ahora que usan mochilas pesadas. Además teníamos una corbatita con nuestro nombre en el guardapolvo, las nenas también, y era *re cool*".



INVITACIÓN AL MIEDO

No sólo de reinas del grito se nutre el género fantástico y de terror (aunque justo es reconocer que desde Elsa Lanchester a Drew Barrymore, los agudos alaridos femeninos han sido parte insoslayable del espanto cinematográfico): también tenemos a escritoras subversivas de la normalidad desde los tiempos lejanos del surgimiento del gótico (de Clara Reeve y Sophia Lee a las chicas Brontë y Mary Shelley, sin pasar por alto a Elizabeth Gaskell) hasta las más actuales (Anne Rice). Y desde luego, si hubo gritonas que helaron la sangre del público en los cines, y ojalá que lo sigan haciendo hasta el final de los tiempos, es porque ha habido personajes femeninos que les calzaron como la máscara del demonio a Barbara Steel. Aparte, claro, de otras criaturas de ficción que no por privarse de chillar a todo volumen dejaron de inspirar piedad en el rol de víctimas o sembrar el pánico como victimarias. Gritonas o no, hay una variopinta procesión de vampiras, brujas, monjas sangrientas, chicas perseguidas por motosierras trepidantes, bañistas amadas por monstruos de lagunas negras o de pantanos neblinosos, mujeres pantera (o combinadas con otras especies animales). En fin, no nos engolosinemos, que la lista es larga y estremecedora.

A este cuadro de honor de señoras terroríficas que tan saludables escalofríos suelen provocar en la confortable butaca (del cine, del living frente al televisor o con un buen libro del género en la mano), a salvo de sufrir en carne propia, pero con el temblor de la famosa suspensión voluntaria de la incredulidad, hay que sumar ahora a Ana Padovani. Actriz, docente, autora del ensayo *Contar cuentos, desde la práctica hacia la teoría* (Paidós), Padovani, después de trabajar añares con otros géneros literarios mediante el antiguo y siempre subyugante arte de contar historias, se acaba de tirar a la pileta ensangrentada, a las arenas movedizas del terror.

Monja negra, vieja bruja, sacerdotisa diabólica, Padovani se transfigura en escena, se vuelve horripilante, sombría, amenazadora... apenas con una capa negra muy estructurada y con capucha, una especie de biombo de líneas ojivales, la espectral iluminación y una apropiada musicalización. *Los espíritus de la muerte*, de Poe, se hacen presentes, reclamados con maléfica fruición por la actriz. Y permanecen, cobran materialidad a través de *En la cripta*, pavoroso relato de Lovecraft. Una deliciosa distensión, que no ahuyenta del todo la inquietud, llega vía *El conde Drácula*, de Woody Allen, un textito que juega humorísticamente con el archiconocido folklore y que permite a AP ir de la pálida piel del vampiro a la más rozagante de una posadera que ofrece sus platos judíos tradicionales con fuerte acento ídem. Y hay más, mucho más horror con el superclásico *La pata de mono*, de Jacobs, y *El arenero*, de Hoffmann, con otro impagable entremés cómico, esta vez nada menos que con un fragmento de *Y se nos fue redepente*, de la grande entre los grandes Niní Marshall, de quien Ana Padovani hace una recreación a la altura.

La voz del terror va en La Casona del Teatro, Corrientes 1975, viernes y sábados a las 21, a $ 10 y $ 8.



LA CÍNICA

–No puedo vivir sin vos.
–Qué falta de imaginación.
–¿Ves? No aguantás el amor. Te defendés con un chiste.
–¿Qué es eso? ¿Freud para millones?
–...
–¿Te la hago en versión Lacan? Vos sos gallego y me decís "No puedo vivir sin *voz*" y yo te contesto "¿Qué? ¿Sos cantante?".
–...
–...
–¿Qué hacés? ¿Te desnudás?
–Es que estar con vos es como estar a solas.
–¡Histérica!
–Ese chantaje ya venció con los carcamanes de Mayo del '68 que no sabían ni hacer el 69. Zzz.
–¿Para qué me trajiste a la cama si te dormís?
–¿Vos te escuchás? La cama *también* es para dormir. Zzz.
–...
–¡Sí, sí, sí, sí, sí!
–¡Mmmmmm, sup, sup, sup, aaaaaaah!
–¿Qué hacés, asqueroso? ¡Salime de encima!
–¡Si me decías que sí!
–¡Estaba soñando que sacaban el corralito!
–...
–Zzz.
–Con esa boca y usarla para cosas así... Sos un monstruo.
–Sí, soy un monstruo como Orlan, la que se opera. Me voy a hacer otra boca, zzz, en el medio del cuello, zzz, como ella.
–¡Ay, lo que se me ocurre!
–Ni se te ocurra. Voy a ponerme un privado en Recoleta y voy a cobrar 1000 dólares la *doblatio*. Un tipo con tu panza debería cultivar su inteligencia.
–... Me torturás porque soy un buen tipo.
–La bondad no es sexy. Zzz.
–Ponete buena un ratito.
–Bueno, dale.
–¡Mmmmmm, sup, sup, sup, aaaaaaah!
–¡¿Qué hacés?! ¡¡¡Ya te dije que el clítoris no queda en la rodilla!!!
–Si fueras un hombre, te mataría.
–Lo mismo digo, zzz.
–¿Cómo que "lo mismo digo"?
–Zzz. Que si fueras un hombre, te mataría.
–No aguanto más. Y esto ni siquiera me excita. No sé qué carajo hago aquí.
–Zzz.
–Aflojá un cacho. Con lo lindo que es cuando estás buena. ¡Cómo me hacés gozar!
–Zzz... cómo me gustaría poder decir lo mismo.
–Pará. Pará. Aunque sea por piedad.
–Ta bien, ¿ves esa camiseta? Olela y rajá.